

universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 125

- Noviembre de 2021 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



El ajustador de cuentas

El alcalde Daniel Quintero ha logrado escenas increíbles. Sus ejecutorias, que son casi siempre omisiones y comisiones, han reunido a los grupos más disímiles alrededor de la protesta y el descontento. Filar a los bomberos y a los jardineros en la misma orilla no es para nada fácil. No siempre se identifica en uno solo al incendio y al mal de raíz. Esas dos protestas separadas son una buena caricatura de las pendencies de alcalde de Medellín. Hacer pasar pequeños acuerdos burocráticos como grandes combates públicos es la estrategia preferida de Quintero.

Empecemos por las ramas. Quitarle buena parte del manejo de las zonas verdes de Medellín al Jardín Botánico fue un golpe que sorprendió a la ciudad entera. El alcalde dijo que lo hacía

para proteger a las empresas del conglomerado público, que primero era lo primero y segundo el Jardín. Pero un contrato de cuatro mil millones para el mantenimiento de las zonas verdes de la ciudad terminó en las manos de una empresa privada, Reforestadora El Líbano, como abono para sus amigos liberales. Alguien debería recordarle al alcalde que el Jardín se llamaba Bosque de la Independencia.

Sigamos con las llamas. Hace unos días vimos a los bomberos manguera en mano en las afueras de La Alpujarra. No hay uniformes, más de catorce máquinas de bomberos están varadas y el pasado septiembre se terminó la vinculación de los contratistas. La alcaldía cerró la puerta de las estaciones para que nadie las viera convertidas en talleres. Mientras tanto llegó una nueva directora al Departamento Administrativo de Atención del Riesgo de Desastres (Dagred) para completar las cuotas del concejal Alex Flórez. A falta de diploma, buenos son contratos.

Pero esas no son las únicas duplas disparejas que uno le puede filar a Quintero para una rechifla. ¿Será posible ver un alcalde que pelee al mismo tiempo con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y los silleteros de Santa Elena? Desde Washington hasta la vereda El Plan. En la pasada Feria de las Flores los encargados de la organización dejaron a cuatrocientos silleteros sentados durante horas sin definir si entrarían o no al Atanasio para el cierre del desfile. Ya se sabe dónde está la lupa de toda apuesta en escena de la alcaldía, el dueño del atril está muy claro. Muchos silleteros se sintieron humillados y al otro día hubo nuevo desfile y plantón en Santa Elena.

El presidente del BID, Mauricio Claver-Carone, dijo hace unas semanas que el banco está preocupado por los constantes bandazos de la administración respecto a Hidroituango: “Quisiéramos ver que este proyecto sea operacional, sin embargo, cuando no

hay certidumbre y cada seis meses estamos hablando de que cambian los términos, por lo menos ahí es donde tenemos que enfocarnos y asegurarnos”. Quintero está empeñado en el cambio de consorcio aunque desde todas las orillas le adviertan que ese remedio saldrá más caro que la enfermedad. Decanos de ingeniería de diez universidades, el sindicato de profesionales de EPM, gremios, gobernador, presidente dicen lo mismo. Pero el alcalde tiene otra idea y tres gargantas bien hondas.

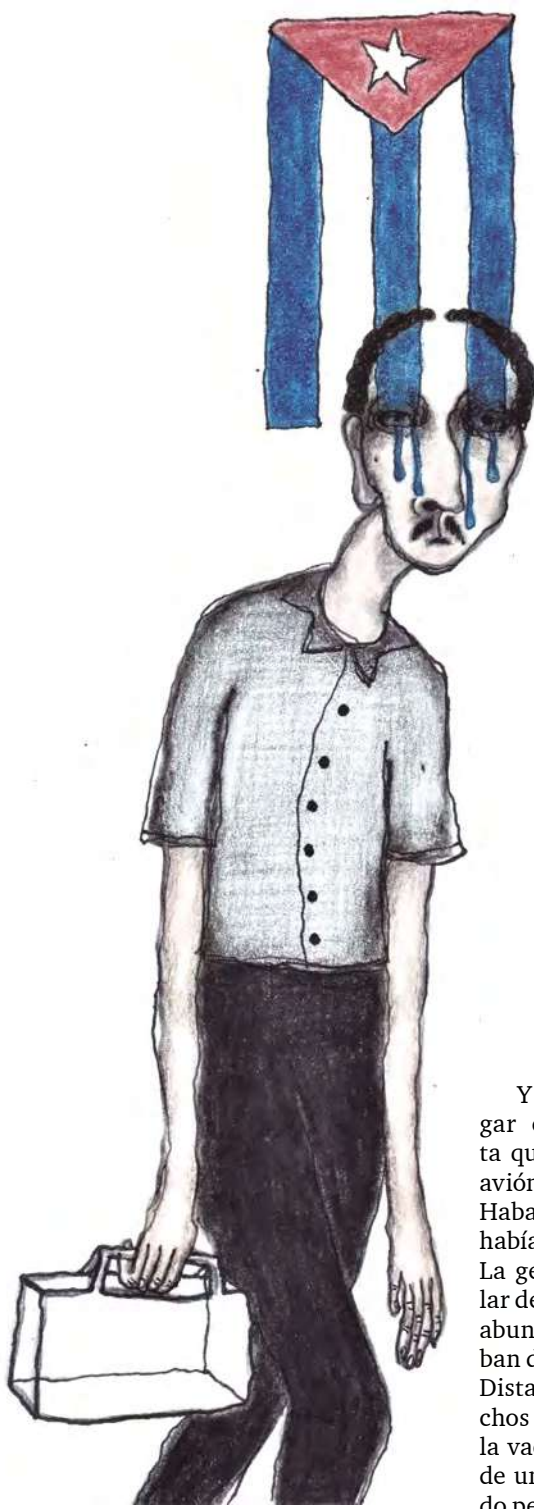
Quintero es una anomalía para la teoría de conjuntos. Logra intersecciones tan disímiles que no queda más que admirarlo. Hace poco sentó en la misma tribuna a Álvaro Guillermo Rendón, exgerente de EPM y padrino suyo, hombre de toda su confianza, y a los contratistas de Hidroituango que ha señalado como el coco desde hace más de dos años. Rendón, quien fue su primer gerente de EPM tiene demandada a la empresa por sacarlo a la brava por no seguir la línea del alcalde ni poner en cargos directivos a su gente. Y ha dicho que Quintero tenía intereses propios que estaban en contra de los intereses de EPM. Coincide con los reclamos del consorcio CCC constructor de Hidroituango contra el alcalde por las denuncias falsas y desproporcionadas.

Quintero también trazó una línea para poner de un mismo lado a las editoriales independientes y al periódico *El Colombiano*. En los últimos tres años al menos seis editoriales independientes se ganaron convocatorias en los Estímulos para el Arte y la Cultura de la alcaldía de Medellín. Mediante resoluciones la alcaldía se comprometió a financiar la impresión de quinientos ejemplares de cada uno de los títulos ganadores. Este año decidió no honrar ese compromiso y notificó que ya no iba porque iba a guardar esa platica, menos de cien millones de pesos, para atender la pandemia. Pal mamón no hay ley.

Con *El Colombiano* las cosas han sido a la brava. A los cuestionamientos que se

le hacen a la administración municipal responde el gabinete en pleno. La prensa le aburre a Quintero. Solo respeta a los medios dependientes de su presupuesto, unos portales recién creados que se rotan comunicados entre sí. La FLIP reprochó la actitud del alcalde y su séquito contra la prensa: “Rechazamos los ataques reiterados de funcionarios de la Alcaldía de Medellín contra *El Colombiano*. La FLIP conoce que en las últimas semanas Daniel Quintero y su equipo de gobierno han realizado comentarios que configuran hostigamiento hacia el medio”. Las tintas azules y las tintas frescas saben de los peligros de una alcaldía sectaria dirigida por un ajustador de cuentas.

El alcalde de Medellín busca reducir toda crítica a dos bandos. La juventud y la renovación versus la política de derecha y los intereses empresariales. Pero la verdad es que desde muy variados partidos, desde decenas de empresas y sectores, desde cuchitriles y oficinas abullonadas, desde tribunas y estaciones se conocen y se sufren sus negociados con disfraz de firmeza administrativa. Daniel Quintero solo vive y disfruta la serenidad de sus aliados. La paz de los lagartos. ☹



Y de ahí en adelante no paró de llegar el combustible para el periodista que nunca fui. Por ejemplo, solo mi avión tocó la pista del aeropuerto de La Habana durante ese día. Adentro, todo había cambiado y nada había cambiado. La gente contaba con datos en el celular desde hacía tres años. Era 2021. Pero abundaban carencias que no se asomaban desde el período especial. Era 1994. Distancia y rigor por todos lados. Muchos se habían aplicado ya la Abdala, la vacuna nacional que lleva el nombre de una obra de Martí, y aun así el miedo persistía.

Se seguía hablando a los gritos para todo y se bajaba la voz para referirse a aquello que sabemos. Podría haber librado la crónica solo con lo segundo. Unos meses antes hubo gente protestando en la calle y patrullas con la panza al cielo. Sin embargo, en la superficie era como si nada hubiera sucedido. Historias como la de Titi solo circulan en confianza. El ímpetu de sus veinte la puso a hacer lo que se hace a los veinte y ahora era paria. Apestadada singular en tiempo de apuestados por doquier. Los caseros que le habían arrendado apartamentos en La Habana, uno a uno, terminaban echándola después de que los visitaran señores adustos. Varias de sus amigas no podían reunirse con ella. Vivían en alquileres ilegales y la cosa no estaba para riesgos. Al final, ese enfoque se iría al traste.

Tampoco iba prosperar mi aproximación desde lo económico. Con ínfulas de periodista serio, en mi crónica que no duró nada citaba cifras y ejemplos para explicar “el ordenamiento” —o el desordenamiento, como lo rebautizaron en las calles—, *Grosso modo*, lo definía como una suerte de devaluación, en la que ya no servían para pagar los dólares que habían servido hasta entonces y el precio de todo —ahora referenciado en euros— alcanzó niveles de primer mundo, pero con sueldos de Haití.

Ni siquiera logré prosperar con mi anécdota estrella, que giraba alrededor de la película que estaba rodando un amigo. Se ganó un premio para filmarla, una plata en moneda nacional que después del ordenamiento se redujo brutalmente y lo puso a hacer maromas. Como le sucedió con la ensalada fría que actuaba de plato principal en el cumpleaños de un niño. La única escena con un número importante de extras.

KOAN DE CUBA

por ANDRÉS BURGOS

• Ilustración de Camila López

Madres e hijos que por unos pesos, unas croquetas y un refresco aceptaron aguantar calor todo el día y ver cómo la ensalada se avinagraba ante sus ojos en tomas que se repetían. Y las madres no conseguían explicarles a los hijos lo que les explicó el asistente de dirección sobre la continuidad y no sé qué pingas. Al final de la jornada, quedarían faltando planos. La ensalada, ya podrida, debería congelarse porque no había para otra. Compartir el set con ella al día siguiente sería otra historia. Pero en el fondo la misma.

Dos o tres pincelazos me hubieran bastado para completar un retrato de viaje. Quizás hablar de Revolico, el Amazon insular que ofrecía desde un par de chancletas hasta un curso de satanismo. O desmenuzar la aventura de alguien que aprendió, gracias a internet, a cultivar en un armario esas maticas que a unos les parecen malas y a otros se nos antojan buenas. Incluso podría haberme faltado espacio para narrar la compra clandestina de cerveza que requirió la misma prudencia paranoica que recordaba haber aplicado a la adquisición de marihuana en Barrio Antioquia. Tenía lo necesario para una crónica con viñetas llamativas; sin embargo, pronto todo me supo a nada.

Le había pasado el texto a Laura, mi amiga cubana y coguionista en un par de proyectos, para que contrastara algunos datos. Como retroalimentación obtuve dos frases que me dejaron sin ganas de escribir. “Lo veo todo muy folclórico. Tú nos conoces más que eso, pipo”, dijo. “No te involucras”. Y hasta ahí me llegó el impulso. Habría estado preparado para una crítica por falta de conocimiento, pero no para esto. El cambio de sentido me dejó con el pasmo del discípulo cuando el maestro le pregunta cómo suena el aplauso de una sola mano.

¿Qué hacer? ¿Meterle más opinión? Por supuesto que no. No quería entrar al club de otros egresados extranjeros de la escuela de cine, atizadores de polémicas en los grupos de Facebook. Estos analistas de sofá dictaban fórmulas y hacían señalamientos sentenciosos mientras los participantes cubanos medían sus palabras —y no por miedo, puedo asegurarlo—. Porque al parecer todos somos expertos en fútbol y Cuba. Me negaba a convertirme en uno de esos dueños de certezas. Soy

de nombres propios, no de ideales. Con algo de injusticia, porque la verdad es que hay mucho amor de por medio, a menudo pienso que quienes hemos pasado por Cuba no somos más que colonizadores a tiempo parcial. Socios convenientes que pernoctamos allí para recargarnos de vida, regalarnos el tiempo que no nos permitimos en otra parte o encontrar talento barato. Parásitos bienintencionados. El salvoconducto de salida debería cuando menos revestir de pudor nuestras opiniones, sin importar qué tanto nos hayamos integrado.

Pero no era esa la razón para que en la crónica, que a esas alturas ya era poco más que restos mortales, hubiera elegido disfrazarme del periodista que nunca fui y evitar involucrarme. Es el miedo a lo inexorable lo que me lleva a mantener una distancia segura. Pienso en jóvenes con el futuro empeñado en una pecera y en mayores a los que no les alcanzarían a crecer los colmillos luego de un vuelco. El abanico de destinos probables para gente que quiero me da ganas de vomitar. Los límites bajos, ya lo sabemos, te ponen por colchón el asfalto. Quizás recuperar la sonrisa tomará más años de los que les quedan en este mundo a muchos de mis amigos. Demasiadas cartas del mazo resultan poco favorables, ya sea en casa o lejos, donde hace frío; porque afuera siempre hará frío.

Fracasé escribiendo la crónica viajera y no sé si conseguí llegar a lo que pretendía. Lo cierto es que cuando volví a salir de Cuba iba con la maleta vacía y el pecho cargado de una tristeza que ya es vieja conocida. Es la misma que se me ha colado en el equipaje a lo largo de media vida fuera de Colombia. En las despedidas ya es ineludible el presentimiento de que alguien faltará en una próxima ocasión. Con la isla dejé atrás a la tía, sin saber si la volvería a ver como la conocí. No sé si regresaré, si me reconocerá o la reconoceré. Las palabras y la razón me alejan de la respuesta adecuada. No me queda más que observar y sentir. Quizás simplemente repetir algún verso de Guillén donde las sílabas solo sean golpes de tambor. O pronunciar el conjuro que no busca más que llenar la boca y ganar así un segundo en el tiempo que se agota desde el inicio de los tiempos: ¡coño, *asere!* ☹



Jardineros del Jardín Botánico de Medellín. Febrero, 2021.

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 125 - Noviembre 2021

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com



Fotografía de Juan Fernando Ospina.

EJERCICIOS DE MAZMORRA

por ESTEFANÍA CARVAJAL • Fotografías de José Galvis

1. Breve manual para adiestrar a un sumiso

Encontrar un buen sumiso no es cosa fácil. O mejor: encontrar un buen sumiso para uno no es cosa fácil. No a todo el mundo le gustan las mismas cosas. El mundo *kinky* es complejo por lo específico. Hay masoquistas a los que les gusta el dolor, pero no les gusta seguir órdenes, por ejemplo. Por eso no sirven de sumisos. Y es que el buen sumiso no solo sabe seguir órdenes, sino que además las disfruta. AmaZame tuvo dos de esos. Unas bellezas. Los recuerda y le brillan los ojitos. La última fue un espectáculo de sumisa. Mansita, mansita; de las difíciles de conseguir. Le gustaba ponerla a barrer, a trapear, como a una Cenicienta. Y la otra feliz, porque además era muy pulcra. Una vez

la sumisita se portó mal —no recuerda bien qué hizo, pero se portó mal— y AmaZame tuvo que castigarla. El problema es que no podía pegarle, porque eso le gustaba. ¡Qué castigo iba a ser! Tampoco podía mandarla a hacer aseo, porque para ella era prácticamente un premio. Entonces le dijo: Te me ponés los mismos calzones ocho días seguidos. Y la sumisita aceptó, obediente, y a los dos días, a los tres días, empezó a revirar. Que le levantara el castigo, que le levantara el castigo, decía. Y AmaZame: No, estás castigada. Y para hacerla sufrir más: Tenés que olerte los calzones. Y la sumisita toda obediente y toda asqueada se olía los cucos y hacía muecas. ¡Más linda!

Ahora mismo AmaZame no tiene sumiso, porque entre el trabajo, la familia y la organización de La Madriguera no le queda un segundo, y para levantarse a un sumiso hay que trabajarlo con la paciencia del que conquista un amor. Primero te le acercás, muy respetuosa, buenos días, buenas tardes, por chat o en una fiesta, y le preguntás cuánto lleva en la escena, qué le gusta, si está buscando *dómina*. Lo importante es que quede claro desde un principio para que después no haya malentendidos. Y cuando ves que el sumiso quiere que lo domínés, empezás a ponerle tareas. Una muy básica: que te salude y se despidiera de vos todos los días así vos no le digás

nada. Lunes: en visto. Martes: en visto. Y de pronto por allá, viernes o sábado, le contestás, porque tenés que cuidar a tu sumiso como de niño cuidabas a tu juguete favorito, y para que no se aburra, ¡tan!, le ponés otra tarea. Otra muy básica: que haga una plana. A mano, en cuaderno argollado, sin dejar renglón: QUIERO SER SUMISO DE AMAZAME. Así diez páginas. Veinte páginas. Todo el cuaderno.

Eso por el lado de la humillación, porque por otra parte está lo físico, el golpe, la cuerda, la nalgada, y ahí sí depende de lo que el sumiso quiera y de cuáles sean sus límites. Los hay de todo tipo. De poquito dolor, de mucho dolor, de nada de dolor. A unos les gusta que les peguen, pero no que los amarren. Otras, como las *rope bunnies*, se excitan con el mero roce de una cuerda. Y están también los más extremos, como los *fisters*, que se meten un puño o dos puños o un pie por el recto. O los coprófilos, que les gusta que los caguen en la cara. O los que se someten a tortura genital, que le imploran, le suplican a su *dómina* que les pise las gñevas con sus tacones de aguja. Y hablando de agujas también están los del *medical sado*, que se visten de doctores y enfermeras para sacarse sangre, ponerse inyecciones, sondas y catéteres, y hasta hacerse citologías. Pero incluso esos tienen sus límites. Todos tienen límites, y si no los

tienen, deberían tenerlos. Sumisos y *dóminos*. Amos y esclavos. Hasta el sádico más sádico tiene límites. Y para hacerlos explícitos está la palabra, e incluso, el contrato: amo y esclavo firman un documento con sus acuerdos, compromisos y códigos de seguridad. Un esclavo, por ejemplo, puede limitar el tiempo en que va a servir a su amo: cinco horas al día, por decir algo, o solo de lunes a viernes, o solo los fines de semana.

Como *dómina*, AmaZame ha hecho mucha cosa y casi todo le ha gustado. Cuerdas, cadenas, *floggers*, velas, fustas, *fisting*, *spank*. Su único límite, hasta ahora, son los pies: no le gusta ni que se los vean, ni que se los toquen, ni que se los besen, ni le gusta tocar o ver pies ajenos, ni ver a otros sumisos chupando los pies de sus *dóminas*. Y aunque ella misma no le encuentra gracia a ese fetiche, sí puede entender por qué para otros es tan placentero: entregarse a los pies del amo es uno de los actos de humillación más antiguos de la humanidad.

Entre lo que le gusta no podría decir que tiene un favorito, pero sí que le gusta ver sangre. Y que le encanta el calor de un culo rosadito después de una buena sesión de azotes. AmaZame habla del *spank* como si estuviera hablando del amor más puro que jamás hubiera sentido. Se pone la mano en el cachete, cierra sus ojos tiernos y se imagina que su mano es el culito recién azotado de

una sumisa bien obediente, y ¡ay! ¡Qué cosa tan linda! ¡Qué imagen tan bella! Una sonrisa sincera se dibuja en el rostro de AmaZame, que es redondo, joven, con cierta luminosidad infantil. Sus facciones delicadas y sus crespos castaños de muñeca, que caen de una moña despeinada que apenas los sostiene, contrastan con su voz grave, con su textura gruesa y con la manera en que se recuesta en el mesón de la cocina de La Madriguera con una cerveza en la mano, como si fuera un obrero que recién termina una jornada agotadora.

AmaZame tiene veintiséis años y llegó al BDSM como a los trece o catorce, por una historia de esas que es mejor no contar. Como *dómina* se estrenó hace casi una década, con esos sumisos que le ponen a brillar los ojos, y por mucho tiempo practicó la dominación en lo privado. A la escena pública llegó por ahí en 2018, gracias a las tertulias de La Licuadora. La Licuadora era un espacio en San Juan con la 70 dedicado al arte, a la música y al erotismo y que como muchos bares, restaurantes y lugares de encuentro murió con la pandemia. Su creador, Óscar Severina, es el principal gestor de la escena sadomasoquista en Medellín, y fue él quien le enseñó a AmaZame —como a muchos otros— que el BDSM también puede ser cultura. No solo por su estética o por el arte que se produce en la lógica de la dominación y la sumisión, sino también, y sobre todo, por los códigos y el lenguaje que comparten quienes lo practican.

Con la llegada a lo público, la vida de AmaZame cambió: ahí empezó la etapa más acelerada del proceso de aprendizaje para convertirse en la *dómina* que actualmente es. Y es que encontrar a un buen sádico no es cosa fácil. El que domina debe conocer los gustos del sumiso y, a su manera, complacerlo. El buen sádico propone, es creativo, conoce las sensibilidades y el aguante del cuerpo, practica su arte antes de hacer. El buen sádico cuida del sumiso: le pregunta cómo está, le acaricia la cara después de cachetearlo, le da besitos en el culo rojo de tanta fusta. Una buena *dómina* escucha, hace caso a las palabras de seguridad y busca siempre que el juego sea seguro, sensato y consensuado.

Aun así, los accidentes ocurren. Ni el mejor sádico del mundo podría decir que su práctica ha sido siempre perfecta. A AmaZame también le ha pasado. Una cuerda mal atada, un nudo mal hecho, un sumiso muy tímido —o muy osado— que no dice a tiempo la palabra de seguridad. David Carradine, el famoso Bill de Tarantino, fue encontrado sin vida en un hotel de Bangkok el 3 de junio de 2009. Presunta causa de muerte: asfixia erótica autoinfligida. Así mismo murió el compositor checo Frantisek Kotzwara en 1791: había amarrado su cuello a la chapa de una puerta que se cerró mientras tenía sexo con una prostituta que acusaron de homicidio y que después absolvieron.

Sin un protocolo de seguridad estricto, algunas prácticas sadomasoquistas pueden ser peligrosas y potencialmente mortales. Por fortuna, ninguno de los juegos de La Madriguera ha pasado a mayores. La Madriguera es la única mazmorra pública de Medellín. La inauguraron en enero de este año, en pleno pico del covid, y luego la tuvieron cerrada hasta marzo. Por el covid, pero también porque la casa se estaba cayendo. El papá de una amiga se las prestó con la condición de que le metieran la mano. Humedad en las paredes, goteras, el techo resquebrajándose. Aún tiene problemas, pero ha mejorado. De todas formas, el estado de la casa hace parte del ambiente: en las noches, La Madriguera es una cueva oscura en la que se esconden las ratas más perversas de

la ciudad. Queda en el tercer piso de un barrio muy barrio en el noroccidente de Medellín. La llegada es con invitación y, según el evento, el protocolo es más laxo o más estricto. El protocolo tiene que ver con el *dress code* —cuero, látex, lencería, vinilo—, pero también con las normas de comportamiento y con los símbolos que hacen explícito el tipo de relación entre unos y otros: un collar de perro en el cuello del sumiso que diga, por ejemplo, Propiedad de AmaZame.

Pero construir una mazmorra no es cosa fácil. En un principio, en La Madriguera no había nada. Apenas el caos de una casa en abandono y los bichos y la mugre y el olor a humedad. Severina les prestó algunos muebles *bedeesemeros* y con eso celebraron la primera fiesta, que fue un éxito a pesar de la precariedad del espacio. Después, vino la tercera ola. Mientras la ciudad se escondía del virus en la seguridad de sus casas, AmaZame y dos amigas se dedicaron a equipar su madriguera con los muebles e instrumentos que requiere un calabozo de tortura respetable. Fabricaron dos cruces, una inquisitorial y otra de San Andrés, para inmovilizar a los sumisos. Iluminaron la sala y las habitaciones con luces rojas y de neón. Amoblaron un cuarto con un trono y un banco para la adoración de pies y le pusieron un bombillo azul que cuando se prende, les indica a las *dóminas* que es hora de descalzarse. Atrás, en una especie de patio que en realidad es una habitación en obra negra, acomodaron unas vigas capaces de soportar el peso de dos humanos. De ahí, los *riggers* cuelgan a sus *rope bonnies* con nudos y amarres tan complejos como los de un marinero. En los otros cuartos hay varios reclinatorios y muebles de *spank*, un inodoro con una jaula por debajo y hasta una de esas tablas con las que inmovilizaban a los decapitados antes de cortarles la cabeza. Los juguetes como fustas, látigos, paletas, cuerdas y dildos los lleva cada uno: esas cosas tan delicadas en las que puede haber fluidos son de uso personal.

De unos meses para acá, todos los viernes y sábados hay eventos en La Madriguera, cada uno con temática y códigos distintos. Noches de cera, por ejemplo. Fiestas con *dress code* estrictos. Talleres con *spankers* o *riggers* famosos. En la misma cuadra de la mazmorra hay una tienda y un par de restaurantes de comida rápida. En las demás casas, vive gente. Desde sus ventanas, los vecinos ven llegar en carro, moto, taxi y hasta en bus a los especímenes que habitan La Madriguera. Muchos llegan de civil y se cambian adentro. Otros llegan ya vestidos con corsé, arnés de cuero, peluca, gorra militar, medias y liguero, o completamente en vinilo, de pies a cabeza, como si fueran góticos desfilando escaleras arriba después de pasar un primer filtro en el piso de abajo: AmaZame y sus amigas son rigurosas con el derecho de admisión. En el tercer piso, la puerta de la casa se abre y cierra con rapidez cuando los especímenes pronuncian un código que aparece horas antes en las historias del Instagram de La Madriguera, y de las dos ventanas que dan a la calle no se asoma ni una luz, porque las dos están selladas por dentro.

Como no pueden ver, a los vecinos no les queda más remedio que oír e imaginar. Al principio de la noche las paredes vibran bajo The Cure, New Order, The Police o los Sex Pistols, y hasta ahí no hay nada extraño, pero después empiezan a escuchar los golpeteos rítmicos de las palmas de las manos y los latigazos y las paletas y las fustas sobre los culos, y con los golpes escuchan también los gritos y los gemidos de los sumisos, y entre más entrada la noche más duro suenan los golpes, más rápidas

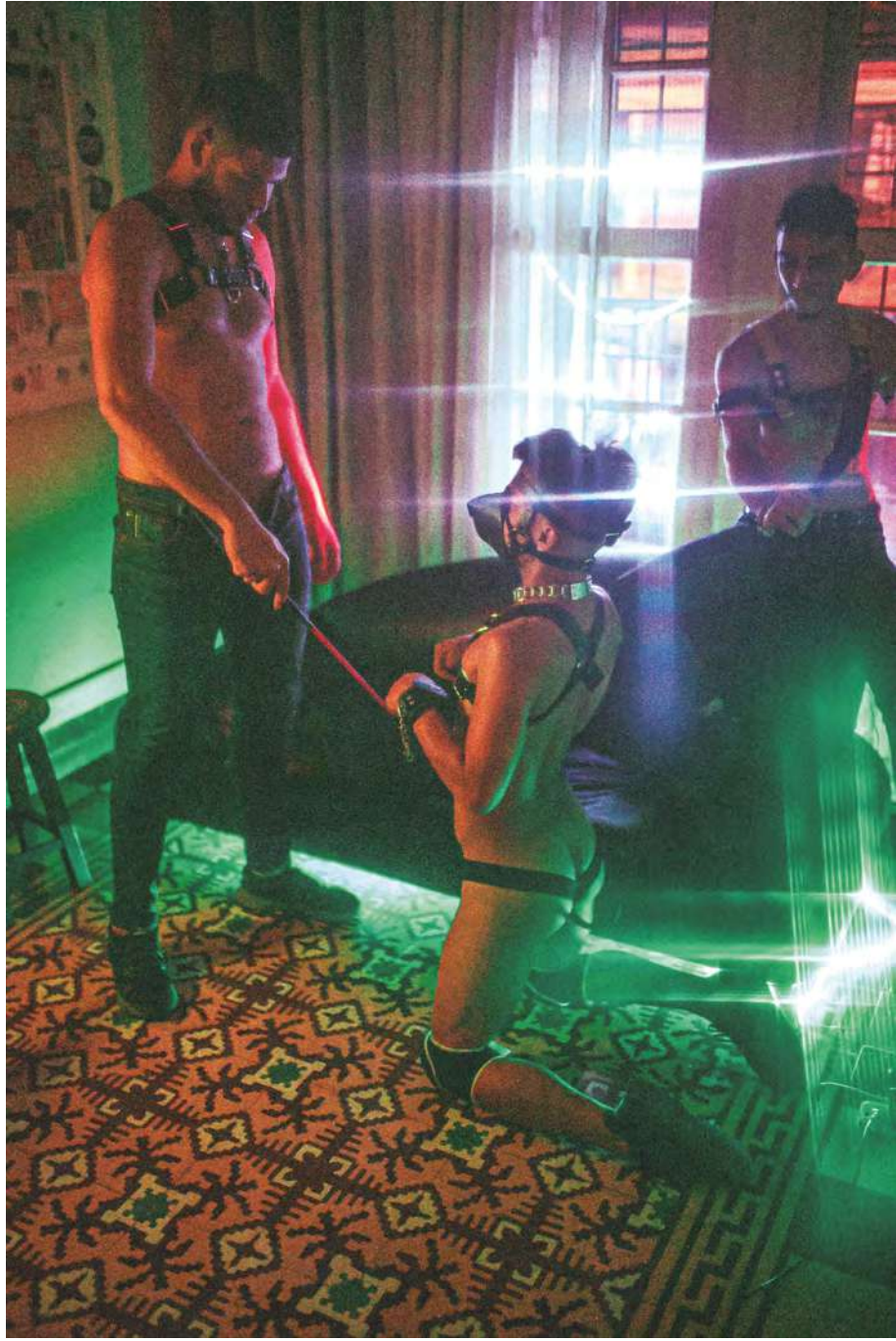
las fustas, más apretadas las cuerdas, más profundos los alaridos, y entonces los vecinos solo pueden pensar que ahí arriba, en el tercer piso de esa casa en ruinas, ocurren rituales satánicos y orgías sexuales y lo susurran y lo comentan entre ellos, pero pasito para que los especímenes no vayan a escuchar.

AmaZame se ríe de las ocurrencias de los vecinos como quien escucha decir a alguien, convencido, que la Tierra es plana. En los eventos públicos de La Madriguera no se puede culiar, dice. Está prohibido, salvo en unas pocas excepciones en que los juegos llegan hasta allá y no queda más remedio. Otra cosa es cuando alquilan la mazmorra para sesiones privadas. Cuesta ochenta mil la hora y usted puede usar los muebles de la casa como se le antoje, siempre que sea seguro. AmaZame no puede saber qué ocurre en esas sesiones, pero de todas formas el BDSM tiene muy poco que ver con lo genital y con esas orgías que pinta el porno vainilla, y absolutamente nada que ver con la adoración al diablo. El sadomasoquismo tampoco es amigo del alcohol y las drogas —porque no es seguro— y por eso jamás verán salir de la casa a un borracho. Los vecinos lo sabrían si se atrevieran a subir. Ella les abriría la puerta y les mostraría la casa como se la mostró a su mamá en plena *play party*: aquí a la derecha, má, podés ver cómo azotan a alguien, a la izquierda hay una *dómina* con su hombre-perro; al fondo, un hombre está encadenado a la cruz de San Andrés. La mamá apenas miraba y se tapaba los ojos, horrorizada, lo más de tierna. Pero allá estuvo conociendo el espacio de su hija aunque diga que no vuelve ni multada.

AmaZame no tuvo que salir del *clóset bedeesemero* porque entró ahí. Cuando vivía en la casa de su mamá empezó a coleccionar juguetes —*floggers*, cadenas y correas— que colgaba de un perchero como un cuerga un abrigo o un sombrero o el morral lleno de cuadernos y libros escolares. Luego, cuando comenzó a jugar con cuerdas, le pidió a su mamá ayuda con los nudos que se parecían tanto a los que ella hacía con sus agujas de croché. Y su mamá la ayudó, como ayudaría cualquier mamá a su hijo con la tarea del colegio, y pasó horas con ella frente al espejo atando su pecho y sus manos y su espalda con esos nudos que sus agujas hacen casi sin tener que mirar.

Ahora AmaZame tiene su propia familia y con ellos también puede ser quien es, sin esconder nada. Vive con Dom Blue —una de las *dóminas* más famosas de la ciudad— y con los hijos de ella. Y aunque entre ellas casi no juegan, porque la dos son sádicas, el BDSM hace parte de su cotidianidad: en su estética, en sus planes, en sus amigos y en sus proyectos de vida. Hasta ayer, AmaZame trabajaba en una empresa manufacturera en Itagüí, cumpliendo horario de ocho a cinco y aguantando el peso de atravesar la ciudad entera dos veces cada día. Pero ayer por fin tomó la decisión y a partir de hoy se dedicará a la administración de la mazmorra: quiere buscar un espacio más grande y en mejores condiciones y ampliar la programación para que las ratas de la ciudad siempre tengan una madriguera donde refugiarse. A lo mejor ahora, sin su trabajo de asalariada, si tenga tiempo de levantarse a un sumiso y de adiestrarlo a su antojo.





2. Guía práctica para soportar una sesión de tortura

A Walter Alonso no es que le guste el dolor, sino más bien que lo vean con todo lo que es. Le gusta tanto que se lleva a sí mismo tatuado en la espalda. La tinta va de su nuca hasta donde empiezan los pantalones y pinta un mosaico con varias escenas de tortura en las que él actúa de sumiso. Sus brazos y sus piernas también están tatuados casi por completo. Por los colores vibrantes de algunos dibujos se puede deducir que no llevan ahí más de un par de años. Él ya tiene 51, barriga cervecera, el afro canoso y ningún arrepentimiento por las vidas que ha vivido. Entre tantos vejámenes recibidos, los más dolorosos han sido sus tatuajes. Y que no se malinterprete, porque eso no lo hace un masoquista. Tampoco es sádico, ni *switch*, ni hombre, ni mujer. *La sinnombre*, le dijeron una vez unas *dóminas* de la escena. A lo sumo podrían llamarlo exhibicionista, aunque las únicas etiquetas que siente que lo definen son las de Walter e Historiador.

Las escenas del tatuaje ocurren todas en una misma noche, que es esta noche, en las entrañas de Men's Club, un club porno gay que queda a dos cuadras

del Parque del Periodista, en el Centro de Medellín. Normalmente el club solo abre sus puertas a hombres maricas, pero como esta fiesta no es gay, sino *be-deesemera*, también dejaron entrar mujeres. Severina logró que le prestaran el espacio para la única *play party* del Festival BDSM/Fetish Colombia —que en 2021 cumplió diez años y se convirtió en el más antiguo en su especie de América Latina—, y por eso la fiesta es un jueves y no un viernes o un sábado, como le hubiera gustado para que más gente pudiera asistir.

A pesar de ser día entre semana, la casa está llena. Hombres y mujeres envueltos en lencería, cuero, látex y vinilo negro habitan casi todos los rincones de los tres pisos del club. En el primer piso hay una pista de baile y pantallas en las paredes con porno sadomasoquista; en el segundo, una terraza para fumadores. El último piso, que el más grande de todos, es un cuarto oscuro de tres ambientes: hay unas cabinas telefónicas, una pared con huecos a la altura de la pelvis y un laberinto en el que caben muchos hombres, pero solo en fila india, uno detrás del otro. Cualquier otro día el cuarto oscuro sería el más concurrido del club, pero la gente de esta fiesta está casi toda en la terraza, casi toda mirando a Walter en el centro de un escenario improvisado, casi toda a la expectativa de lo que sus dos verdugos harán con él.

Los verdugos son Severina, el organizador de la fiesta, y Tato Switch, uno de los *riggers* más populares de la ciudad. Ninguno de los dos se describe a sí mismo como sádico, aunque ambos, como esta noche, pueden disfrutar de infligir dolor a otros, y ambos saben hacerlo con la maestría que solo se logra con años y años de experiencia. Severina es un fetichista y lo sabe desde que era muy pelao, cuando sus amiguitos del colegio miraban embobados las tetas de las modelos de *PlayBoy* y él en

cambio se quedaba lelo con el delicado entramado de sus medias de encaje y los tacones de aguja que soñaba con calzar en sus propios pies. Tato Switch, como su pseudónimo lo indica, no es ni lo uno, ni lo otro, sino todo lo anterior. En él viven todos los placeres y maldades. Erotismo desmesurado, dice su cuenta de Twitter. Ahora mismo está alistando las cadenas con las que va a inmovilizar a Walter, pero más tarde estará colgado del techo del primer piso, desnudo, vestido de cuerdas, con un dildo adentro del tamaño de un brazo.

A ellos dos se confía Walter como cuando uno se deja caer de espaldas para que su compañero de clase lo atrape. Hasta dónde quieres llegar, preguntan los verdugos. No sé cuáles son mis límites, responde Walter. A diferencia de ellos, él es nuevo en la escena, aunque no nuevo en el sadomasoquismo. Hace ocho años empezó una relación con un sumiso y desde hace cuatro practica *fisting*, pero solo con la pandemia llegó al BDSM en comunidad. Walter, el aprendiz, está dispuesto a lo que venga: quiere probar su aguante y ya luego decidir si hay terrenos que no volvería a pisar. Previo al juego, los tres hombres acuerdan un código de seguridad. Uno significa “más”. Dos quiere decir que el dolor aún es soportable, pero que vayan con cuidado. Si Walter dice tres, el juego frena de golpe, o porque el dolor es inaguantable, o porque no quiere seguir jugando. Pero tres, piensa, no lo va a decir bajo ninguna circunstancia, ni aunque sienta que las luces se le apagan y que no habría persona humana capaz de soportar voluntariamente ese calvario. Confía en que Severina y Tato respetan los límites de lo seguro y por eso planea entregarse a ellos con la docilidad con que se pone uno en manos del cirujano que está a punto de abrirle el esternón. Su objetivo es aguantar con sumisión hasta que el juego se acabe por sí solo, cuando sus verdugos crean que ha ya recibido suficientes golpes y castigos o cuando se cansen de jugar.

La tortura empieza con la inmovilización. Severina y Tato le ponen grilletes en sus muñecas y tobillos, y luego lo atan con cadenas a las paredes y columnas de la terraza. Walter se quitó la falda de cuero que traía puesta al principio de la fiesta y ahora solo lleva encima dos arneses, uno en su pecho y otro que le amarra piernas y cintura, mientras que el resto de él es pura piel morena, tatuada y pecosa por medio siglo de sol. Los verdugos le cubren los ojos con un antifaz negro y alistan la fusta y el *flogger*. Los golpes que vienen solo podrán ser advertidos por el sonido repetitivo de las armas cortando el aire, y luego, claro, por el impacto ardiente del cuero negro sobre la piel.

Walter está de pie, con las piernas abiertas, dando su espalda al público. Parece el hombre que dibujó DaVinci para estudiar las proporciones humanas, salvo porque a él no se le marcan los abdominales ni los huesos de la pelvis. Los primeros golpes, suaves y repetitivos, le calientan los músculos. Los verdugos le azotan la espalda, el culo y las piernas. Se van turnando: primero el uno por aquí, luego el otro por allá. No golpean de la misma manera. Cada uno tiene su estilo, tan distintos como sus propias voces. Pero con ambos pasa que la fuerza de los golpes va subiendo de a poco, y de a poco Walter va desbloqueando umbrales de dolor y de a poco va subiendo el volumen de sus gemidos, primero tímidos y luego más confiados: qué importa que la gente sepa que le duele si él sigue ahí, resistiendo, como un monje que recibe en su espalda los golpes de su propio látigo para expiar sus culpas. No voy a decir dos, piensa. No voy a decir dos, no voy a decir dos, no voy a decir dos. Tampoco va a decir uno, porque estaría mintiendo. Entonces calla. Calla y soporta. No dice

ni uno, ni dos, ni tres. Apenas gime. No dice nada cuando sus verdugos lo voltean, de cara al público, y le anillan el pene. Tampoco dice nada cuando Severina le cuelga ganchos de ropa del escroto. No voy a decir dos, piensa. No voy a decir dos, no voy a decir dos. Y no dice nada pero grita de dolor y quizás también de placer cuando Severina le pasa por la entrepierna el martillo de agujas que los médicos usan para examinar los reflejos de los pacientes, y que es algo así como un cortador de pizza con cresta de punkero. En el momento en que el martillo llega a su pelvis y rodea sus genitales, como una carreteilla que araña un camino árido e irregular con su rueda delantera, Walter parece alcanzar una especie de éxtasis: un alarido le sale de lo más hondo y paraliza la fiesta, que unos segundos después sigue ocurriendo a su alrededor como si en vez de una tortura estuviera bailando, muerto de la risa, con sus dos verdugos.

El ritual sadomasoquista tiene mucho de religioso, y bien lo sabe Walter que fue fraile franciscano en una de sus vidas anteriores. Los griegos y romanos flagelaban a sus esclavos y a sus reos condenados a muerte. Los judíos que cometían algún crimen pagaban en las sinagogas con 39 latigazos —aunque Jesús, antes de morir, debió recibir al menos trescientos—. En la Edad Media, las cofradías católicas empezaron a usar la flagelación como método de penitencia, tanto en la oscuridad de los templos como en las procesiones públicas. Pero cuando Walter decidió entregar su vida a la iglesia, la flagelación ya no hacía parte de la cotidianidad del convento. El BDSM llegó a su vida décadas después, y para eso debieron pasar antes muchas cosas. Walter tuvo que haberse enamorado de otro fraile de la congregación que le rompió el corazón y le hizo jurar que nunca más se iba a volver a enamorar. Debió abandonar el convento con el corazón hecho pedazos y dictar por muchos años clase de catequesis en el Calasanz hasta por fin darse cuenta de que la religión no era el camino. Tuvo que haber salido entonces del país, digamos a Chile, y en Chile debió haber escuchado por primera vez, de la coordinadora del colegio en el que trabajaba, que ser homosexual estaba bien y que los comentarios homofóbicos no serían tolerados en la institución. Si la vida de Walter fuera una película, ese momento sería el primer punto de quiebre de su personaje: a partir de entonces la vida lo arrastraría por un camino del reconocimiento de su sexualidad que culminaría en muchas cosas: en sus primeras exploraciones con el travestismo de la mano de su *alter ego* Mirella, en un libro publicado sobre la historia de la homosexualidad en Antioquia, producto de su posgrado en Historia, y también en un hombre desconocido metiendo primero un dedo y luego dos y luego el puño completo por el estrecho orificio de su recto.

El *fisting* es el segundo punto de quiebre: el que le demostró que en el desafío a los límites es donde está la libertad. Su primera experiencia ocurrió en un sauna gay de Medellín, hace unos cuatro o cinco años. Lo agarró un tipo experto, que no le dijo lo que iba a hacer, sino que lo fue haciendo, y a Walter le gustó tanto que lo dejó seguir hasta que el otro quiso. En ese momento, además del culo, a Walter se le abrió el mundo, y en adelante el *fisting* sería para él, más que una práctica sexual, un manifiesto político.

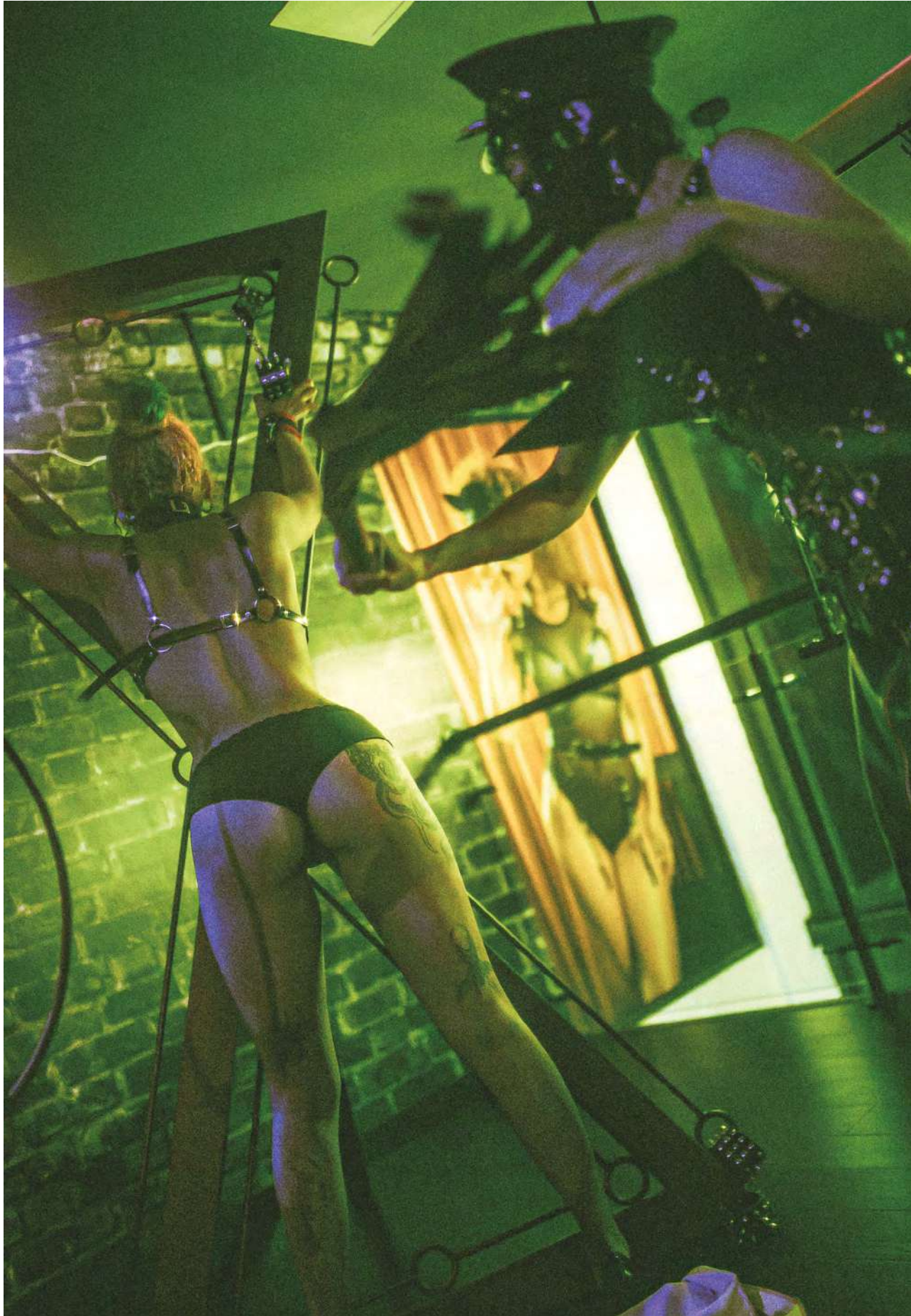
Pero iniciarse en el mundo del *fisting* no fue cosa de un día para otro. Los círculos de fisteros son cerrados y como miembro, hay que ganarse la reputación. Después de la experiencia en el sauna Walter conoció La Casa Inclínada, un video nudista que describe como lo más bajo de lo más bajo de lo más bajo. En el patio de la casa hay una especie de columpio en el que se recuestan los

hombres para que los fisteen. Desde que lo vio la primera vez se imaginaba ahí, con las piernas abiertas y la pelvis muy arriba, en ángulo recto con sus piernas, dispuesto a ser penetrado por cualquier extremidad. Sin embargo, Walter sabía que antes de llegar a ese trono del placer debía preparar su culo: no fuera a ser que gritara como si le estuvieran aplastando las gúevas o que se levantara corriendo con el rabo entre las patas o que no le cupieran sino un par de dedos ansiosos por viajar colon adentro.

El *fisting* bien hecho y con un culo instruido no debería doler, pero para llegar a ese punto el entrenamiento de Walter tardó más o menos un año. Practicaba en privado o en público, con cualquier voluntario que se le midiera al reto, porque recibir *fisting*, aunque no parezca, es mucho más fácil que dar. El que recibe solo debe disponer: respirar, toser cuando le digan, de pronto aspirar del frasco de popper para facilitar, físicamente, la apertura del conducto. Pero el que da, además de conocer la técnica para abrir de a poco el recto sin herir el intestino, debe tener un brazo de acero. Hacerle *fisting* a otro es más cansón que placentero, y por eso él también aprendió a meter la mano y solo confía en las personas versátiles que no se amarran al rol pasivo por puro egoísmo.

En el extremo opuesto están los sádicos que dan sin recibir, como AmaZame, que está a punto de entregarle su fuerza y su paciencia y de alguna manera también su amor al culo de Walter Alonso. Un tesoro, dice Walter. Cuando Severina y Tato terminan con él, la fiesta se traslada al primer piso de Men's Club. Allí, en una esquina, sobre una silla roja de barbero, Walter se encarama y separa sus rodillas para abrirle el culo a la *dómina*. AmaZame prepara sus instrumentos —que en el *fisting* son apenas los condones, los guantes y el lubricante— y empieza con la sesión. Primero mete un dedo que va abriendo el ano, luego dos, luego tres y ya pronto le está metiendo todos los dedos como si fueran un taladro y luego es el puño completo y después es el brazo que entra y sale, entra y sale, entra y sale hasta el codo que AmaZame chorrea de lubricante para que todo siga muy húmedo allá adentro.

Aunque no es posible verle el rostro, el silencio de Walter es un indicio de que está tranquilo, inconcebiblemente cómodo, y una señal de que el fisteo va bien. La penetración extrema es una práctica riesgosa que puede traer serios problemas médicos. El intestino grueso está compuesto por una serie de haustras y flexuras que le dan la forma de una tira de butifarras estripadas: metro y medio desde el ano hasta el apéndice. Las flexuras son unos anillos estrechos que se van abriendo con el trabajo paciente del fister. Cada que se abre una nueva flexura, Walter lo siente en sus entrañas y lo celebra como una pequeña victoria. Es como si le pudieran quitar la virginidad muchas veces hasta el final del intestino. El riesgo es que esas flexuras se rompan de golpe con una penetración violenta y que el colon sufra una lesión. Hace unos meses le pasó y estuvo una semana hospitalizado. Pudo ser peor: si el intestino se perfora, o si la penetración es tan profunda que llega hasta el apéndice, puede haber una peritonitis, que es potencialmente mortal. Pero esos peligros lo tienen sin cuidado. Todas las prácticas sexuales implican un riesgo, dice Walter, incluso las más ortodoxas, y además desde hace mucho tiempo que le perdió el miedo a la muerte. Después de tantas vidas vividas lo único que le queda es gozar: abiertamente, maricamente, públicamente, de su cuerpo y de las posibilidades quizás infinitas del placer. Si ha de morir así, dice, con una mano en el culo, entonces morirá en su ley. Lo único que pide es que a nadie se le ocurra limpiar la escena. ©



PAPELES CENTENARIOS

por JUANGUI ROMERO

Todavía no salen en ningún listado tipo las joyas de la corona, el top 5 o lo mejor de lo mejor. Y, sin embargo, quienes los han visto de inmediato se sonríen, se maravillan y los recorren con la concentración de alguien que de repente se topa con algo que lo hace olvidarse de sus problemas por un par de minutos. Pero, lejos de ser solo entretenimiento, estos cinco documentos son pequeños pedacitos de la piel que nuestra ciudad ha mudado desde aquel lejano 2 de noviembre de 1675, el día de la fundación, como lo llaman y lo pregonan los amantes de las fechas.

Cinco documentos entre los dos mil metros lineales que se conservan en el Archivo Histórico de Medellín (once veces y media lo que mide el edificio Coltejer, si los organizáramos folio sobre folio). Cinco pedacitos de papel que narran de otro modo nuestra historia. Mírelos fijamente durante unos segundos, imagínese los originales y descubra que estos centenarios documentos ya traían incorporada la realidad aumentada; esa necesaria superposición de capas que todos deberíamos aplicar al leer cualquier fragmento de nuestra realidad.

1. Escudo de Armas

El poder de los #Archivos

Recibir el **escudo de armas** rubricaba la inclusión oficial de la Villa como una parte más del imperio español; distinción que superaba la condición concedida a los sitios de blancos o los pueblos de indios.



2. Modelo para uniforme del cuerpo de serenos

Los serenos, entre otros funcionarios como comisarios y gendarmes, velaban por el orden y la tranquilidad de la ciudad en el último cuarto del siglo XIX. Este era el modelo de uniforme propuesto para el **Cuerpo de Serenos en la Medellín de 1910**.



3. Carro para irrigar las calles polvorientas de Medellín

Este boceto de un carro diseñado para irrigar las calles polvorientas de Medellín en 1907 es un claro antecedente de las barredoras de hoy, una mágica manera de conectar nuestras realidades con aquello que fuimos y queremos ser.



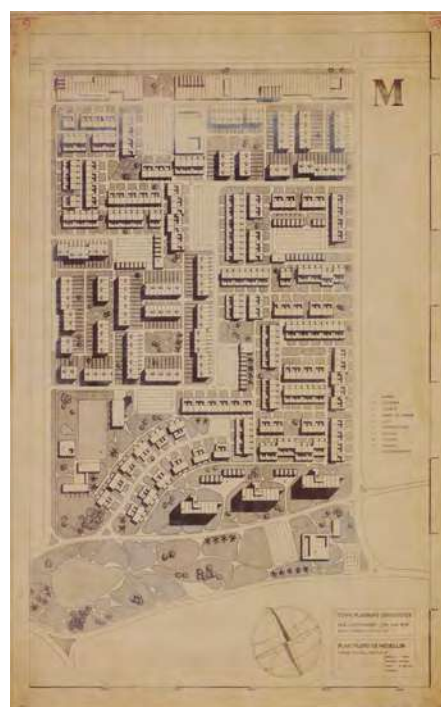
4. Quiosco

Este quiosco se proyectaba instalar en La Playa con Sucre, al lado de uno de los desaparecidos puentes de la quebrada Santa Elena, conocido como Baltazar Ochoa; un proyecto de 1927 que llevaría un teléfono para facilitar el uso de los doce automóviles con taxímetro de la empresa de Nicanor Restrepo Correa. Solo hay que concentrarse en su diseño, para retroceder casi un siglo... Ese es el valor de nuestros documentos.



5. Plano Regulador de Medellín

Este documento, anterior al reinado de Google Maps, es para los expertos en urbanismo la laminita estrella del álbum de los planos y mapas de nuestra ciudad.



¡Pásate!
De arrendatario
a propietario con Confiar

**"Nos enseñaron
cómo aplicar
a todos los subsidios"**

Rosa y Samantha,
propietarias en Siembra.

**¡Si nosotras
pudimos
tú también!**

Pásate a vivir en lo tuyo.

Pásate de pensar que es imposible
a ver que con Confiar es muy fácil.

**Recuerda que también te prestamos
para vivienda usada.**

Llámanos ya para asesorarte con la verdad.

Línea confiable: 604 444 10 20

Y conoce **nuestros proyectos de vivienda** en

www.confiar.coop

La diferencia está en confiar

confiar
coop



Pelos en la cama

por PAULA CAMILA O. LEMA • Ilustraciones de Nube

Nunca se fijó en mí hasta que llevé el pelo corto, y antes no me había fijado en él porque es peludo como un oso y por su pelambre hirsuta se deslizaban goterones de sudor cuando estaba en escena representando al cómico, él que siempre ha sido un hombre tan pero tan triste.

Le gustaba la cola que yo, con el pelo aún rojo, aún corto, llevaba como amuleto y guiño ñero a mi infancia en el gueto, *shikha* con la que esperaba entrar al paraíso de la carne, serpiente que algún día quizás habría de servirme para convertir a un hombre en piedra. Me agarraba de ella cuando nos revolcábamos y mientras cabalgaba prendido de esa rienda me pedía que le dijera que yo era su perra para luego ir a contarle en escena por la migaja de un centenar de carcajadas.

Vivía en un cuartito de paredes prefabricadas que se había mandado a construir en la terraza de su casa para no tener que convivir con su mamá abajo, en el mismo piso. La odiaba pero la amaba pero la odiaba pero la amaba. Cuando la mamá sospechó que yo le gustaba a su niño, me preguntó mi signo zodiacal y me dijo que las sagitarias somos infieles y nos gusta la plata. Luego, cuando fui por primera vez a su casa, ya de suegra, habló de la nueva anterior y me dijo que la muchacha creía que su casa era un motel porque no iba sino a fornicar y no saludaba al llegar. Desde entonces me cuidé de saludarla siempre antes de subir a invadir con mis alaridos el cuartito que por varios meses fue nido de amor, en mis

entretiempos de aprendiz de peluquera y periodista con crisis vocacional.

Le gustaba también, a él, exprimir a sus mujeres y luego abandonarlas con gran dolor, para revolcarse en su pena (y la de ellas) y crear, en ese estado de consciencia, maravillosos textos con los que ganaba becas de las que vivía hasta que se agotaban y tenía que volver a quejarse de la mierda que es la vida sin con qué pagar el arriendo y la comida. Mientras él escribía proyectos para levantar la plata que lo distraería de tanta infelicidad, yo dormía bañada en los jugos y humores del amor, en tardes ca-lurosas y voluptuosamente lentas. En esas noches y tardes, yo soñaba, soñaba mucho. Al principio era lindo, como el amor. Soñaba que corriamos bajo una lluvia tibia en busca del elixir de la consciencia alterada, custodiados por inmensos perros que yo dominaba introduciendo mi puño en sus hocicos. Que caminábamos por praderas llenas de vacas y cacas y hongos que nos llevaban, entre nubes de todos los colores, hasta las profundidades del misterio, en la orilla cósmica donde yo no era yo y él no era él sino que todos somos uno, sin ese ego tan potente como el deseo de psicodelia que nos había unido en primer lugar. Que podíamos volar y en el aire atravesado por relámpagos la electricidad no dolía sino que nos ofrecía visiones de un universo plagado de flores impudicamente abiertas.

Era tan lindo al principio... Aunque nunca me dejó cortarle el pelo por quien sabe qué delirio de Sansón patu-rrero, me enteraría ver cómo se esforzaba por complacerme, haciéndome venir

con furiosa ternura, regalándome plantas florecidas, dándome de comer sánduches de pollo que debía preparar con mucho asco, él que es vegetariano desde hace tantos años. Comíamos aciditos y después de ver bailar nubes al ritmo de la respiración universal, me follaba como a su perra mientras me agarraba de mi roja cola de diosa infernal. Yo, por momentos desprendida, testigo de la escena desde el cielorraso, me ponía a llorar sin saber por qué, como años atrás, y en medio de esa intensidad desconocida, con una extrañeza que no me dejaba distinguir entre amor y dolor, me decía: “acá quizás quiera quedarme”, yo que siempre he sido la que dejan y nunca la que deja, la abandonada y pajiza niña comepelelo.

Después se puso feo, como una melena que no ha sido cortada en una eternidad. Me llamaba en medio de brotes neuróticos porque su mamá era una acumuladora, recolectora de desperdicios, gordo y blanco cachalote que rumiaba frente al televisor, opinaba de todo aunque no supiera, sembraba

cizaña a su paso desgrediado, no proveía ni limpiaba ni cocinaba, y contra-ba oscuros brujos para deshacerse de maleficios inexistentes. Decía que la odiaba, pero le dedicaba con amor sus estrenos y no se iba, no se iba, aunque yo tratara de sujetarlo rigurosamente de mi pubis sin vellos, siempre prolija-mente afeitado para su deleite, al igual que las piernas y las axilas, porque qué puede haber más sensual que una piel de impúber en el cuerpo de una mujer en la segunda mitad de sus veinte.

Un día la suegra fue a mi casa. No tenía el turbante habitual que le cubría el pelo ni uno de esos vestidos de flores que la hacían ver como poderosa Malinche en las funciones del hijo, sino una camiseta que le quedaba grande, al aire el pelo chuto —tinturado hace tanto de cobrizo que ya las canas le llegaban hasta las orejas—, una falda que le dejaba ver las piernas comidas por una especie de hongo y unas sandalias que exhibían sus uñas de elefante viejo.

Mami, luminosa frente a tanta fealdad, le aconsejó algún remedio para los

hongos, y él disimuló mal su incomodidad y se fue haciendo pequeño en su silla hasta convertirse en una modesta y molesta bola de vellos. Mientras la basura se acumulaba y el hongo se extendía por piernas y romance, empezó a celarme, a jurar que le mentía, a decirme que era una grosera por hablarle sin cuidarle el ego; a tratarme ya no como su putita sino como a una puta, yo que casi fui santa por tanto complejo, que tanto tiempo y cortes necesité para sentirme digna del pecado, que casi albergué en mis entrañas un milagroso amuleto.

Los juegos perversos a los que me sometía con hambre y deleite al principio se fueron volviendo ponzoña. Las medias, la cadena, la imposibilidad de hacerme arriba, la rudeza de su cuerpo simiesco..., esas cosas que tanto me gustaban, me provocaban también un llanto perplejo del que él ni siquiera se percataba. Cuando era él quien lloraba de cara a la pared por la mierda que es la vida, yo lo abrazaba y pensaba en mi amiga, entregada a la estéril tarea de enseñarle a amar a un mal tipo; y en Bessie, la que rompía las olas, la pobre Bessie, sometida al maltrato de terribles hombres por haberle deseado el mal al suyo, un pescador accidentado en altamar a quien su devoción salvó milagrosamente de la muerte.

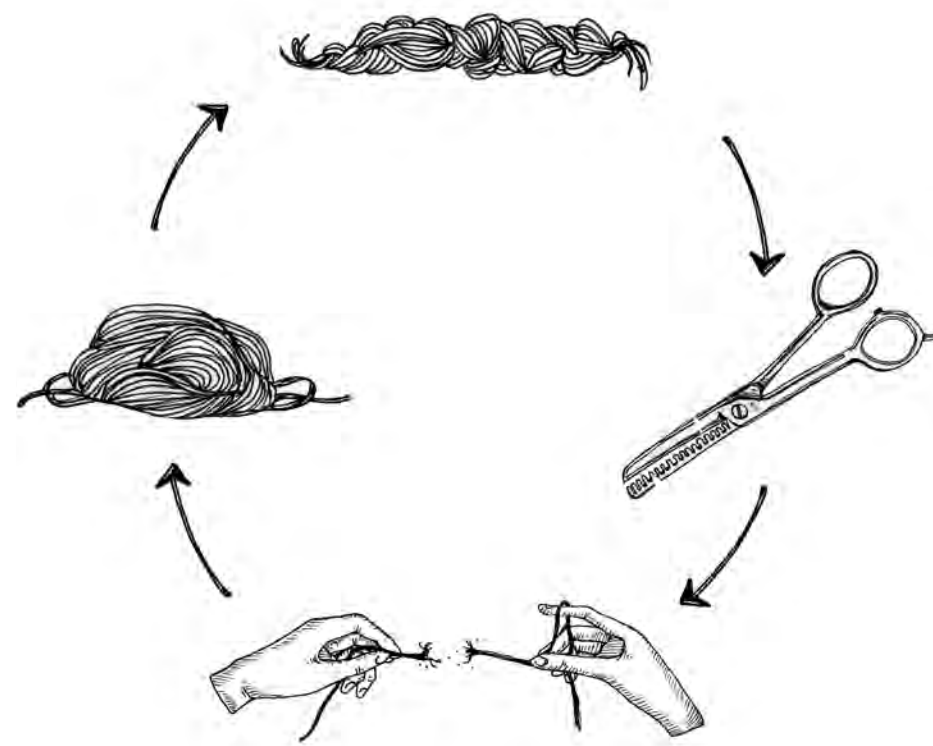
Un día, después de uno de esos tiránicos polvos que me hacían gritar, encontré un pelo entre las cobijas. Un pelo de mediana longitud, mitad cano mitad cobrizo. No tuve que preguntarle para saber que era de la suegra, a quien saludaba cortésmente, pero evadía de mil formas cuando me pedía que le cortara el pelo y le echara tinte. Todavía lograba convencerme de que un día iba a poder desprendarlo de su pequeña familia de dos, a él que no tenía a más nadie en el mundo, el niño abandonado por el padre militar, el militante, el genio incomprendido que abandonaba funciones intempestivamente porque cualquier cosa despertaba su dolor o ira legendarios.

Con el tiempo empeoraron las pesadillas, de las que despertaba sudorosa y con taquicardia para verlo a él azotando el teclado. La suegra aparecía difusa, bajo su maraña de pelo chuto mitad cano mitad cobrizo, diciéndome con

inflexible convicción cosas que yo no entendía pero sabía falsas, o pidiéndome con zalamería, desde tan cerca que podía sentir en mi cara su cetácea respiración, cortame el pelo, cortame el pelo, cortame el pelo, mientras un hongo hormigueante y purulento se extendía por mis manos, brazos y torso, y luego por mis piernas hasta alcanzar mi vulva, que picaba, ardía, quemaba, y en el servicio nacional hedía por encima del pantalón verdeazul antífuido, cándida replicante y multiplicante, insaciable, alimentada por el empalague de ese romance entre dos aparatos genitales sin pelos.

Después la suegra desapareció, como sucede siempre con los pretextos. En la vida —todavía pesadilla—, una mujer de rostro difuso, con cuerpo de hija y no de madre, dejaba que el pelo le creciera hasta sofocarla, y el calor y el asco le provocaban un hongo con olor a sangre vieja, un olor que la espantaba y la excitaba al tiempo, transfigurándola en un peludo oso sacudido por espasmos de placer que de tan intensos dolían. Mientras el oso lloraba y se reía, un machete despejaba el peludo matorral para develar, como a muñeca rusa, a una muchacha inclinada sobre sus piernas y pubis que en una posición imposible se repasaba la piel con una cuchilla, a cuyo paso se multiplicaban hilillos de sangre que descendían hasta al desagüe y arrastraban consigo gruesos vellos negros, nudos de pelo y baba que la pobre adolescente arrastraba adondequiera que iba, mientras ella misma era arrastrada por un río de lágrimas hasta un mar amarillo donde una ballena pedía que le cortaran el pelo con untuosa voz. Al final, a través del amuleto, en el centro de la última muñeca, no se distinguía ya una niña sino la forma del cuerpo que la contenía, una silueta muy negra en el piso mugroso del baño de un colegio de monjas donde estudian niñas que lloran porque algo no les cuaja adentro y no entienden por qué.

Ninguna tijera podrá desatar nunca la manigua en esas pesadillas. Y el horror no desaparecerá al despertar, muchos años después, en otra cama y con otro tipo. ☹



*Fragmento del libro *En todas partes pelos*, editorial Arbitraria, 2021.



¡Encuentran bocadillo en bolso de mercado!

Con gran sorpresa, la pareja conformada por Maritza Ruiz y José Zambrano descubrió un bocadillo de guayaba en el fondo de un bolso en el que iban a echar sus productos en un supermercado. “Lo abrimos para empezar a empacar cuando apareció ahí, todo solitario”, relató Zambrano.

El hecho suscitó un momentáneo revuelo entre los implicados en su empeño por establecer la procedencia de la golosina. “Es de esos individuales que le dan a uno con la mazamorra en los restaurantes”, señaló Ruiz, quien recordó que dos semanas atrás almorzaron en un estadero.

Con base en lo declarado por las fuentes, debido a que no tuvo acceso al alimento, esta reportera concluyó que se trató de un bocado rectangular de dos centímetros por uno, marca Caribe. “En serio que no entiendo cómo resultó ahí, cómo llegó ahí”, dijo José confundido.

Sandra Mosquera, dependienta del comercio donde tuvo lugar el hecho, le informó a APin que el bocadillo fue a parar primero al bolsillo de Maritza y que una vez terminaron de organizar las compras en el bolso, “se lo comió ella en un momentico, mientras él pagaba el mercado”.

¡Cliente aprueba diseño sin poner problema!

Sin reprochar ni una línea ni un color y con aprobación instantánea respondió el microempresario Juan Pablo Duque a la propuesta de logo hecha por la diseñadora Laura Cifuentes. “Está perfecto, nos gustó a todos”, dijo Duque en un mensaje enviado a la profesional.

“*Oh my god!*”, fue la reacción de Cifuentes, dedicada al diseño hace veintinueve años. “Jamás me habían aceptado algo así, de una, de hecho, a veces de la primera versión a la última hay un mundo de transformaciones tratando de responder al deseo o al capricho del cliente”, agregó.

Según Juan Pablo, del sector editorial, la propuesta “captó la esencia de la empresa que estoy creando, la imagen que queremos proyectar”. Mientras que Laura, todavía con asombro, calificó el hecho como “sin precedentes”: “estoy sintiendo algo que nunca había experimentado”.

Al cierre de esta edición, APin supo que, pese al éxito, Cifuentes le propuso a su cliente hacer un ajuste de tamaño en un elemento para que quede mejor en formatos pequeños. “No me puedo dejar nublar por la emoción, todo siempre puede mejorar”, puntualizó la mujer.

#ClasificadosAPin

✂ Se pelan huevos cocidos. Evite esos engorrosos minutos desperdiciados en despegar cáscara y membrana de la parte comestible. Entregamos el producto listo para comer. Certificados por el Sena en manipulación de alimentos. No incluye sal, ni el huevo ni su cocción.

✂ ¿Está en familia o con amigos y el balón con el que están jugando se fue calle o monte abajo?. ¿cayó en una cañada o en medio de la vía? Reserve sus energías. Jeffry López y Lucas Vélez se ofrecen para ir por pelotas y frisbis. No incluye mandados de otro tipo.

✂ ¿Se aburrió de la película o la serie que estaba viendo? ¿No soporta ese podcast? Pablo Puerta se ofrece para ver y oír hasta el final lo que usted abandona. Incluye resumen detallado que le permite al cliente sostener conversaciones sobre lo que no vio ni oyó.

Encuéntrenos en redes sociales como Agencia Pinocho.

Bajando duro, durísimo

por SIMÓN MURILLO • Fotografías de Juan Fernando Ospina



La Iguaná, delgada, pavorosamente delgada, va armando barrios, carreteras y basureros en su huida del río Medellín. Porque La Iguaná parte en dos la ley natural y sube en vez de bajar. Subiendo la montaña hasta Boquerón y el Alto de las repetidoras, donde morirá en alguna caverna. Y con ella van las estribaciones de la cordillera y la vida que se abre paso, tumbando monte y siempre, siempre, enfrentando la infinita loma. Y pegadita a la quebrada se arma la vía al mar con sus barrios que parecen a punto de colapsar y a veces colapsan de verdad: Calasanz, Blanquizal, Olaya Herrera, La Divisa, Antonio Nariño, Fuente Clara, Vallejuelos, Eduardo Santos, La Loma, San Cristóbal.

Fuente Clara se llama así por los riachuelos que bajaban cristalinos del monte hasta La Iguaná y que después se pudrieron por la basura de los vecinos del más arriba. Desde ahí, Bryan Andrés Herrera, el Loco, distingue entera la falda externa de la 13. Conoce los resquicios de La Iguaná, domina la autopista a Santa Fe de Antioquia, divisa las montañas de la cordillera central y los edificios de El Poblado como apariciones. Tiene veinticinco años, una sonrisa desorbitada, camella cargando camiones, habla muchísimo. En la casa que comparte con su mamá, su hermano, su padrastro y a veces su novia, guarda una bicicleta bajita, con frenos a medias y un sillín inmenso, placa de corredor, y pesas a cada lado del marco: la llama Raquel.

La autopista, un río de concreto al lado de la invisible Iguaná, da paso a casas de madera, plástico y ladrillo. Y las casas, al monte que todavía sobrevive, y el monte, a esos edificios inmensos a pie del risco. Desde ahí baja, ahora sí, la humanidad entera a trabajar. Pero algunos como el Loco, casi todos hombres, casi todos adolescentes, siguen cuesta arriba encaramados en una cicla. Solos o de a dos o hasta de a tres: el parrillero aferrado en un abrazo al piloto que extiende con una mano el gancho que lo sostiene de la tractomula que los llevará al Túnel, a San Félix, a Boquerón.

Hasta hace algunos años la vía a San Félix, una carretera angosta y sinuosa con un punto ciego en cada recodo, no tenía iluminación. Por la noche había tramos en que los ojos de Bello y Medellín parpadeando montaña abajo eran la única luz.

La carretera se vaciaba y los de las ciclas, una vez en la cumbre, aprovechaban el silencio para hacer de la bajada una pista. Solo se veían tres líneas blancas temblando en la oscuridad cerrada. “Usted piloteaba con lo que tenía aquí”, el Loco se toca la cabeza, “era un mierdero, pero eran los descuelgues más chimbas”. Con un empujón del pie, el cuerpo hecho una tabla sobre el sillín y la cabeza como un ancla, todo hacia el vacío.

Porque apenas hay frenos, porque casi nunca hay casco o armadura, porque por ahí se aparecen los tombs metiendo patadas, porque nunca la vida es más grande que cuando se está bajando a 130 kilómetros por hora con los parceiros a lado y lado, todos pidiendo punta; porque si se hace bien, el control que se tiene sobre esas dos ruedas, sobre la velocidad, sobre la gravedad misma, parece absoluto; porque el viento se levanta, imposible, sobre el rostro del piloto.

El Loco lleva catorce años en ese vacío. Empezó a los once, cuando vivía en el Don Bosco y estudiaba en el Corferri de Robledo. Un viernes vio a “una chiva con diez peludos en ciclas detrás” en la bomba del Cortijo. Le gritó a uno: “¡Chinga, súbame!” Y pegué un pique de rata para montármele”. El piloto era unos años mayor que él, se llamaba Daniel Ibargüen y le decían la Chinga. Resolvieron el malentendido en el sillín, se presentaron, “y arrancamos él y yo

pegados”. De pasajero de la Chinga, subió hasta la entrada del túnel: “Me explicó todo: cómo coger el gancho, cómo ponerlo debajo del bómper, dejarse jalar por él”. Gritó en todo el descuelgue y ya en el piso lloró “del susto, de la emoción”. Se hicieron amigos.

El Loco conoció a Naranjo, al Cejón, a Andrus, a Stan, al Mono, al Indio, al Rape, al Niche, a muchos más. Cada uno de ellos una pequeña leyenda dentro de una comunidad física y virtual de decenas de miles. Los gringos lo llaman *gravity bike*; gravitosos en el plural paiza, azote para la Noroccidental. El Niche, Hayder Flórez, definiría azote como “una cohorte de jóvenes en cicla dándonos zaranda, nos pasamos, nos adelantamos. A lo Moto GP, a lo Rossi, a lo Pedrosa. Bajando duro, durísimo”. Diez, quince, veinte, treinta, hasta cien pelados en la línea de salida. Algunos tenían herencia de velocistas: papás, tíos, hermanos y vecinos que subían en sus tiempos hasta Boquerón o aprovechaban la loma del barrio para armar carro de rodillos. Harían parte de una extensa red de los que andaban en las mismas: los burgueses de Las Palmas, los de Santa Elena, los de la Medellín-Bogotá, los del oriente, los de Pereira y Manizales. Los Andes haciendo rampas, las ciudades empujando.

La policía descarga energía y bolillo en los que logran coger, los paracos de San Félix y San Pedro los ahuyentan a bala, los medios claman por su prohibición. Las bicicletas son casi todas creaciones propias, cada una adaptada a los gustos del piloto. El opuesto de las ligeras bicicletas de ruta que usan en el Tour de Francia, las de los gravitosos son aparatos de veinte kilos y más en las que toca frenar haciendo esos. Las partes se intercambian por otras, por plata, por un Play 2 o un Wii de segunda. Lo mismo con los pocos cascos o armaduras que circulan. Como descolar está mal visto por las autoridades y la policía destruye o pide sobornos para devolver las ciclas que decomisan, muchas veces se anda en el préstamo del vecino.

El Niche se asomaba a la casa del Loco: “Doña Claudia”, le decía a la mamá, “vengo por su hijo”. Y esta, horrorizada, pensaba que lo iba a hacer matar. De nada servía la preocupación ante un argumento irrefutable: “Vamos, gonorreia, que la vida es una sola”. Desde las ocho de la mañana una horda creciente pasaba por las casas de los gravitosos y los salvaba del colegio, de la familia, y pal monte. Volteaban por la ciudad, cocinaban chorizos en San Félix, tiraban charco en Charcos Verdes, dormían en un recodo de la carretera, fumaban baretta y comían arroz con leche, hacían chocolatadas nocturnas, y los cogían las tres de la mañana en alguna lejanía, con las mamás frenéticas preguntando que dónde estaban, que si seguían en estas les iban a tirar los paracos del barrio, que se cuidaran, y ellos listos para un azote montaña abajo.

La Chinga, “feo y cumbambón”, fue un maestro. Les decía que no robaran, que no valía la pena perder la vida linchados o en una venganza. Porque la vida real amenazaba siempre. La pobreza y la pobreza dura, por supuesto; los paracos y la tentación de aprovechar toda esa calle para poner a perder a algún cristiano. El mismo Loco terminó en Don Bosco después de aparecer voluntariamente en la puerta del ICBF a los diez años y armar un cuento, “les dije que no tenía papás. Quería parar de tirar tanta calle”, luego de unos meses salvajes en los que pirateó por todo Colombia detrás del Nacional. En la carretera, atenazado por el hambre y el frío, y el sacol que usaba para mantenerlos a raya, fue testigo de paisajes inmensos. “A mí siempre me gustaron las ilusiones. Por eso el sacol. Metía de eso y

todo se me volvía goma”. En Santa Marta se metió al océano por primera vez. Las privaciones forjaron la primera hermandad de su vida. Salvado de ser linchado por hinchas del Santa Fe en Bogotá, consiguiendo comida en restaurantes de ruta a punta de verbo, la carretera desdobló las posibilidades de su existencia. “La Banda Pirata fue el comienzo de la libertad de mi vida”, dice. Una libertad arrullada por una avalancha de fracturas. Robó “hasta que mi mamá intentó quemarme las manos en la parrilla del fogón”. En La Pintada un grupo armado los bajó de la mula en un intento de reclutamiento forzado esquivado por una huida hacia el monte; y esa hermandad floreció y los muertos germinaron a su alrededor: en peleas, en accidentes, en la violación y asesinato que se llevó a Karen, su vecina, flores que se harían cruces sobre la carretera, retratos descoloridos en alguna mesa de noche.

Ni el encierro en Don Bosco (interrumpido porque el coordinador de disciplina era hincha de Nacional y le daba permiso para ir al estadio), ni los reclamos del ICBF a su mamá cuando regresó al hogar, “porque yo vivía perdido”, ni tanta muerte que vio y que vería, mermaron su obsesión por la libertad. Los viajes con la Pirata fueron apenas un preludio de lo que alcanzó en el descuelgue: los amigos, la fama, el vacío. Incluso cuando la mayoría de su generación se graduó a las motos (el descuelgue es una práctica necesariamente adolescente, casi infantil, a los dieciséis a veces ya hay hijos que sostener, o la cuota de una moto por pagar), el Loco se aferró a su bicicleta. “Medellín es el patio de mi casa, guevón. A mí nadie me dice dónde puedo entrar y dónde no. Es mi patio: Medallito, mijo”.

Su vida familiar no es fácil: “Siento que soy como el arrumado de la casa... Si fuera por mí yo no trabajaría: mi sueño es irme para la puta mierda”. Cree que ese apego viene del rol que jugó la calle para él: “Me enseñó todo lo que no pudo mi papá: lo bueno y lo malo. Si no era a punto de que me mataran a mí, era a punto de que mataran a mis parceiros”. La ciudad es un océano, pero la bicicleta, ante todo, contra todo, es un hogar de uno solo. Su papá, un exmilitar y vendedor ambulante de dulces, fue asesinado en la Operación Orión mientras trabajaba. Según el Loco, un grupo, probablemente los Comandos Armados del Pueblo, lo confundió con un paramilitar por su morral del ejército. Le metieron cinco tiros en la espalda y uno en la cabeza. Salió a protestar este año con la consciencia de “ser un hijo de Orión. Y sigo siendo la guerra: estoy dispuesto a quemar y hacer lo que sea con tal de hacer sentir la memoria de mi viejo”.

La muerte no lo soltó. Tantas veces estuvo cerca y tantas veces se salvó: las puñaladas, los machetazos, la cicatriz en el muslo de cuando se le enterró el plato de la bicicleta, el dedo meñique del pie faltante, la pérdida de memoria por esos días que pasó en coma. Y en el 2015 el Niche se estrelló contra un taxi que subía sin luces. No sobrevivió. Del manillar de Raquel cuelga un mono de peluche que colgó de la cicla de su gran amigo. En el 2017 encontraron el cuerpo de la Chinga en el baúl de un taxi. Los sobrevivientes guardaron la cicla de la Chinga: esperan entregarla a su hijo en su décimo cumpleaños. Con ellos son doce los amigos que perdió: algunos por la gravedad, otros por la ciudad. Sobre esas muertes sentenció: “Los dueños de mi libertad ya están muertos”.

Rechazó las armas, “solo me gustan los cuchillos por bonitos”, y las presiones de unirse a una u otra cosa; estudió Arte Gráfico; montó una delirante banda de rock. Amparado por la fama de los extraordinarios documentales que

grabó Muto, documentalista de la escena noroccidental, y luego, por la página de Facebook que creó junto a Andrus, se hizo célebre entre los aficionados a la velocidad. En el 2015, el día después del entierro del Niche, un combo de Robledo Alto, el Loco, la Chinga, el Cejón, el Primo, el Bozo, Toño y Frutiño, quedaron segundos en la energizante carrera de rodillos de Santa Elena. La mamá del Loco fue a verlo y le gritó: “¡Ese es mi loco! ¡Ese es mi loco!”, mientras el velorio bajaba duro, durísimo, por la pista más difícil de la ciudad; una despedida tan veloz como el Niche, como la vida.

“Llevo catorce años en esta chimba. Ya no es lo mismo. Corro el riesgo de que se me vuelva común y corriente”, se lamenta el Loco, “ya no están mis amigos, ya no están los parches, ya no están las chorizadas, ya no están los arroces con leche. Imagínese: yo ahí vivo y ellos en una pantalla, en un video”. Quiere

profesionalizar el deporte, repartir protección, formar en metalmecánica industrial, enseñar lo que sabe en las pistas; ya se ha reunido muchas veces con el Indere, ya se presentó a las convocatorias del presupuesto participativo. La promesa del descuelgue sobrevive: rebelarse ante la ociosidad de la muerte para asumir el propio destino, aun conociendo el inevitable desenlace. “Usted vive bien desde su mismo interior, porque es el único que se puede gobernar. Usted es dueño de su vida. Y la vida y la libertad no tienen precio”. Como La Iguaná que se arrastra con confianza hacia la montaña, rebelándose contra su propia vida, así el Loco sigue abrazado a Raquel como lo hizo ese día de la Chinga. Piensa conseguir una bicicleta de montaña para subir el Nevado del Ruiz y después llegar hasta Ecuador haciendo lo que sabe: pirateando, tirando gancho, dando pedal. Ahí, con todo el mundo a sus pies, decidirá hacia dónde va. ☹



Vientos de plomo

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ



Fotografía de Juan Fernando Ospina.



Fotografía de Óscar Monsalve.

En torno al trapo distintivo se juntan ideas, se arraciman devotos y ejércitos. Fieles a una causa, se enarbola la tela que flamea, según rezan tantos poemas patrióticos para decir que parece una llama. De hecho, una bandera enciende los ánimos, exalta credos y arrea voluntades en cualquier dirección. Basta que se suspenda en el aire con un palo como asta, a veces rematada en lanza, cuando es bandera militar; o con figuras de animales, esferas o escudos, cuando es civil. Hasta la ropa tendida se alebresta en el alambre, como si quisiera ser bandera de las lavanderas, ondea sin mástil. Pero es al final de las contienda cuando se la erige en lo alto, para denotar un triunfo, como en la célebre foto de Iwo Jima, en la que tres marines y un médico de la armada gringa la levantan en la cumbre del monte Suribachi. Las banderas derrotadas se escurren hacia otro lado, como en los versos de Liber Falco, cuando dice: “Y estaba lejos de ti, madre mía. Y tú lejos de mí, navegando en un viento sin banderas”.

Un antiguo libro, citado por Sun Tzu en *El arte de la guerra*, dice que: “Las palabras no son escuchadas, para eso se hacen los símbolos y los tambores. Las banderas y los estandartes se crean a causa de la ausencia de visibilidad. Símbolos, tambores, banderas y estandartes se utilizan para unificar los oídos y los ojos de los soldados. Una vez que están

unificados, el valiente no puede actuar solo, ni el tímido puede retirarse solo”.

De pequeño, en la escuela de Mosquera, Cundinamarca, Leonel Castañeda, recuerda que todos los niños salían a izar bandera. No habían elegidos más iguales que otros para honrar al tricolor nacional. Era suficiente heroísmo permanecer encerrado en el aula del kínder, sin poder ir a corretear por los campos, a robar nidos o a comer uchivas. Y mientras crecía, Leonel se aficionó a montar en bicicleta. A los once años madrugaba a pedalear. Su bandera era el ciclismo de ruta; tanto así que, para apoyar a la joven promesa, el rector le permitió llegar a clase a las nueve, después de correr sus cuarenta kilómetros diarios. A la postre, defraudó la insignia deportiva y se hizo artista.

A finales del 2016, Fernando Arias, director de la Fundación Más Arte Más Acción, propone a 26 creadores que diseñen una bandera, con motivo de los quinientos años del texto *Utopía*, de Tomas Moro. Los estandartes, de dos por tres metros, se izarán en fila, el 2 de octubre del 2016, justo el día del plebiscito por la paz.

A Leonel el evento lo incita, se llama Re-bandera, en una alusión a las hablas callejeras. Decide reemplazar el trapo por plomo. Ya había hecho con ese mismo material unas figuras humanas en los noventa; recuerda que este metal lo venden en láminas de seis metros. Le

parece atractiva la paradoja de una bandera hecha con la misma substancia de la que están hechas las balas, los chalecos antibalas y los soldados de plomo.

En su casa extiende los rollos plúmbeos, le da vueltas a esto que más parece una broma pesada que una obra de arte. Luciana, su hija, lo ve en esas y le pregunta: ¿Vas a votar en el plebiscito? Leonel le dice que no. Con diecisiete años, ella no puede ir a las urnas. Regálame tu voto por el Sí, le pide, yo quiero la paz de este país, ¿sí?

El padre, conmovido por ese gesto, no tiene más remedio que votar. Es la reacción de una generación acaso más optimista que la suya en el pacto político. El regalo le saldrá gratis. Mientras tanto, pensará en cómo hacer una bandera de plomo, y algo más absurdo aún, en cómo lograr que ondee?

No tiene entable ni recursos para fundir metales, sabe que el plomo es tan maleable que se deja moldear con la temperatura del ambiente, como una masa de plastilina dura. Pero este escollo técnico lo lleva otro: ¿qué diablos quiero decir al fin con esta bandera?

El voto berraco por el No, en el referendo del 16, lo mueve a esculpir, derrotado, su obra a media asta. Se pone los guantes, empalma las láminas, pone remaches y amasa la forma del pabellón luctuoso, el de la paz en ascuas. Descubre las virtudes del plomo para tallar banderas. La escultura adopta las formas que las manos le imprimen. La sitúa justo a la entrada del antiguo cementerio de las víctimas anónimas del 9 de abril, en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación.

Tras diecisiete meses a la intemperie, Castañeda descubre que la corrosión espontánea de su bandera desprende una especie de polvo blanco, distinta a la pátina verde del bronce. Justo debajo de su obra, ha puesto un contenedor con acceso al público; lo bautiza Dispositivo de memoria Caja Negra. Está inspirado en la caja que se rescata de los desastres aéreos. En este caso el espectador, si se acerca a mirar por una lente, contempla una serie de fotos de cuerpos ultrajados con sevicia. Los halló en un libro, en el mercado de las pulgas de Bogotá, se titula *Un aspecto de la violencia*. En él, su autor, Alfonso Moncada, con sesgo derechista, les endilga el origen de la barbarie a las ideologías comunistas. Y mientras el ojo capta el popurrí de la infamia, se escucha una versión del himno nacional, grabada en los años treinta por el tenor italiano Tito Schipa y que ahora, por el efecto ralentizado, suena como una extraña y agónica letanía.

De algún modo, la obra alude a una visión que tuvo Leonel a los once años, mientras hacía su rutina ciclista. Al lado de una trocha bucólica, por la vía del cementerio de su pueblo, vio uniformados que descargaban pesadas bolsas de basura. Otra mañana volvió a pasar por allí, se asomó a la ventana de la morgue municipal. Aquella visión alucinante se le fijó con la insistencia de la luz en un negativo fotográfico. Vio cuerpos sin vida, atados de pies y manos, algunos calcinados, sin identificar, ofrendas sacrificiales de todos los bandos, abandonados en campos y basureros; una escena de pesadilla de la que no se podía despertar. De hecho, lo obsesionó tanto que al otro día fue allí con una cámara para registrarla. Hizo revelar las fotos y luego sí, tuvo la certeza de que no eran fantasmas. De vez en cuando, usaba esas imágenes para asustar a su hermanita. Luego, después de estudiar Artes Plásticas en Bogotá, la escena persistía. Al tiempo, se habituó a recorrer los mercados callejeros en busca de vestigios del pasado: objetos, revistas, álbumes. Ahora son los insumos que integra a su obra.

La bandera del plebiscito termina su presencia en ese lugar. Leonel la enrolla y se la lleva para su apartamento; pero

ya había conmovido a tanta gente que la galería El Dorado le propone emplazarla de modo permanente, en su espacio. La escultura esta vez iría acompañada de varios *collages* alusivos. Uno de ellos es una obra basada en la célebre pintura de Delacroix, *La libertad guiando al pueblo*, en la que una heroína despechugada esgrime el estandarte por el campo de batalla, en la revolución de 1830, cuando la burguesía parisina quería derrocar a Carlos X.

Ya corre el 2017, cuando Castañeda llama a su bandera *Un suvenir patriótico*. La paz queda en veremos y en ese receso la obra recuerda los versos desencantados del poeta Luis Vidales, *A la libertad*:

Párese el río y cesen sus rumores;
No dé el rosal su rosa conversada;
No hable la bandera sus colores;
Quédese la estación estacionada.

Pero las banderas, que dobladas guardan gritos dormidos, de pronto vuelven a tremolar. Es en el 2018, justo cuando Leonel expone una obra en los sótanos del antiguo *Monumento a los Héroes*. Proyecta en la penumbra imágenes poéticas de mataderos de reses y otras víctimas. Aquello está dispuesto a manera de un altar de sacrificios, con señal de video y música incidental. Evoca un ara ceremonial de cualquier pueblo ancestral, desde los druidas hasta los toltecas, pero que igual podría ser una ofrenda de sangre en cualquier lugar de Colombia. Al ver la obra, el Museo de Antioquia le propone que haga una versión para sus salas. En ese trance, mientras se monta *Embarcadero*, surge la idea de traer también la bandera de plomo. Incluso se habla de una fecha para poner la escultura en la Plaza Botero: será el 9 de abril del 2020, el Día Nacional de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas.

Con la declaración de pandemia universal, el evento se pospone. Castañeda tendrá tiempo de recapitular. Tal vez ya no tenga sentido llevar algún día esa escultura a Medellín. En su cuarentena de artista, le prestan una galería cerrada para que trabaje. Lo curioso es que ese año, pese a las restricciones, la gente sale a protestar. Al tiempo que se agitan banderas, se derrumban monumentos. La crisis del país, agudizada por un microbio que pone en jaque la sobrevivencia de la especie, hace salir a marchar a miles de personas. Y entre tantas proclamas y consignas desesperadas contra el gobierno, también se avivan las banderas rojas del hambre en las ventanas. Entonces Leonel, ante la pregunta sobre el sentido de trastear otra vez su obra, tiene otra revelación.

En un paseo por el Centro de Medellín, los curadores del Museo de Antioquia le muestran la escultura de Atanasio Girardot, obra de Francisco Antonio Cano, de 1910. Para su sorpresa también Cano fundió una bandera en bronce, en 1910. La impecable pieza muestra la efigie del héroe justo en el momento en que se desploma, asesinado, y su bandera cae y chorrea por una escalinata. El bronce describe el momento preciso del sacrificio. Y no solo es prodigiosa como escultura sino que señala, en su hechura, la primera vez que se funde una estatua en bronce en Colombia. Antes de eso, todos los monumentos se encargaban a artistas europeos; llegaban primero en barco y luego en tren, durante travesías homéricas hasta las capitales del país.

Leonel se acerca para ver la estatua, justo al lado de la iglesia de la Veracruz. Y entonces le cuentan que el busto de Girardot es una réplica en fibra de vidrio pues el original tuvo que ser protegido. Ladrones disfrazados de restauradores la removieron del pedestal y la llevaron a una chatarrería del barrio Santa Cruz. El dueño del local la identificó y la devolvió, por fortuna, antes de que la fundieran para obtener el metal precioso.

En la epifanía que tuvo el artista, se dio cuenta de que su nueva bandera debía estar caída. No había razones para levantarla y la idea de grandeza que hay en la derrota no era solo un invento de un técnico de fútbol sino una verdad estética ya divulgada desde los tiempos de Plutarco.

Solo con su material en el taller prestado, en sintonía con sus pintores flamencos de cabecera, Leonel ensambla las láminas y amasa otra bandera gigante, mucho más grande que la del plebiscito. Pasa horas contemplando los cambios en la superficie. A menudo proyecta desde el techo escenas del documental *Humanos* o de otras películas que muestran el movimiento de grandes masas a lo largo de la historia: manifestaciones, protestas en todos los hemisferios, largas marchas de ejércitos y personas huyendo de alguna guerra. En otra ocasión hasta proyecta las sombras, magnificadas, de unos caballitos de cuero que venden al lado del Monumento a los Lanceros, en el Pantano de Vargas. Como una superstición, no solo quiere impregnar la bandera de todas esas luchas sino que parece hacer eco del verso de Miguel Hernández: “Las patrias te llamaron con todas sus banderas”.

Por los mismos días del encierro, el artista se encuentra con un libro del erudito Athanasius Kircher, *Mundos subterráneos*. Allí hay planos matemáticos de la torre de Babel, y de los Jardines Colgantes de Babilonia. El sabio, que vivió en el siglo XVII, en medio de otra peste, dedicó buen tiempo a inventar máquinas movidas por las fuerzas naturales como las de los volcanes o las mareas. Leonel, de repente, está fascinado con esos dibujos, y bautiza a su bandera *Máquina anémica*, en homenaje a los aparatos que Kircher avizoró, entre reales y fantásticos, pesados, pero capaces de moverse por la fuerza del viento.

A finales del 2020, los del Museo de Antioquia todavía no sabían del cambio de bandera, ni que ya Castañeda había construido una estructura de acero galvanizado que le daría forma a su amasijo. Algo que, como él mismo dice, no es una bandera sino una trampa para el ojo, una forma que nos hace creer que allí hay una bandera caída. Inspirado en los mismos lanceros del pantano, encuentra en la quincalla, unas puntas de hierro colado, tal vez de alguna reja de jardín. Cuando las pega al tubo del asta parecen moharras, así se llaman los fillos de asta en las banderas de guerra. De este modo y bajo la luz dura de la sala, la bandera también se torna dramática.

La termina en la Semana Santa del 2021. Y cuando está a punto les informa a los curadores que está lista. Viaja con ella para el montaje. Piensa en voz alta lo atractivo que sería tener al lado de la suya la bandera de Cano. Se logra que presten la pieza original, resguardada por la alcaldía. Leonel está satisfecho. Sugiere crear un claroscuro en la sala, a la manera de las escenas teatrales del Barroco. En otras palabras, quiere que su tela de quinientos kilos parezca tan leve como la tela de un vestido, de esos que parecen flotar en la penumbra en los cuadros de un pintor flamenco. ☺





Ilona Tarcitano

Cabecillas

Escultura

Doce cráneos de barbudos y uno de bagre joven
cubiertos en laminilla de oro*

2019

*Referencia a los doce hombres más buscados
en el Bajo Cauca. "Una cabeza que vale oro".

MONTEZUMA, POR GADAFI

por AMELIA TOBÓN • Ilustración de Alejandra Pérez



El primero de septiembre del año 2000 tres compañías de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia atacaron la base militar del cerro Montezuma en Pueblo Rico, sobre la serranía del Tatamá, entre los departamentos de Chocó y Risaralda. El ataque fue ejecutado por 180 guerrilleros y guerrilleras de los frentes 9, 47 y Aurelio Rodríguez, pertenecientes al que entonces se conocía como Bloque Noroccidental José María Córdoba. Dos comandantes lideraron ese ataque, uno era Rubín Morro, Martín Cruz Vega, del frente Aurelio Rodríguez, el otro era Gadafi o Khadafi, Hernán Gutiérrez Villada, del frente 47.

Los guerrilleros tomaron la mitad de la base y sujetaron con varias emboscadas al refuerzo de soldados que subía por la carretera. El avión fantasma se estrelló de madrugada contra el cerro Tatamá. En una de aquellas emboscadas murió el teniente coronel Jorge Eduardo Sánchez, comandante del Batallón San Mateo en Pereira. Aquella fue una de las bajas de mayor rango que las Farc propinaron en combates directos a las Fuerzas Militares, seis años antes habían matado al mayor general Carlos Julio Gil Colorado, pero su muerte no ocurrió en operaciones, sino producto de un atentado.

Esa historia que nadie había contado la escribió Camilo Alzate en un reportaje de guerra dos décadas después de la guerra. Alzate fue a la región, subió la montaña varias veces y conversó

con militares retirados, con curtidos periodistas y pobladores del cerro, con políticos y vecinos de Pueblo Rico que, por diferentes motivos, habían quedado atrapados en el combate o conocieron sus circunstancias. Alguien de la guerrilla que participó del ataque le confió al periodista pormenores cruciales de la operación y la crónica —que es larga y llena de desvíos, empantanada, cruzada de voces confusas y confundidas— salió en la edición de mayo de 2017 de *Universo Centro* con un título que se me antoja en exceso pretencioso, alegórico, bíblico: “El matorral que arde”.

En 2017 conocí a Gadafi en un campamento guerrillero. Conversábamos cada tarde en su caleta, mientras afuera las escuadras formaban o rompían filas, discutían o se reconciliaban, trillaban el barro o lo limpiaban, en un marasmo de días en los que no sonaban tiros, ni pasaba nada interesante. Gadafi, aquejado por dolencias cardíacas desde hace años, pasaba esos días reclinado, montándole una emboscada con las cobijas a una luz verde y fastidiosa que se infiltraba por las rendijas de su caleta, y que le provocaba mareos como los de una borrachera. A su lado siempre había un radioteléfono y una nueve milímetros negra. Fue inevitable, acabamos hablando sobre Montezuma. Le dije que Alzate ya había contado esa historia.

—Yo la leí —respondió él—. Pero hay muchas cosas que le faltan, tiene imprecisiones.

Y recostado en la penumbra empezó su narración del combate.

Yo estaba dirigiendo la tropa que estaba en tierra, en la emboscada, y Rubín Morro estaba dirigiendo la tropa que estaba adentro, en la base. Allí en Montezuma hubo sesenta muertos, diez nuestros y cincuenta del Estado. El avión fantasma estaba conducido por gringos y la tripulación era de catorce hombres, todos murieron. Yo era el encargado de rastrear y estaba al frente del escaneo de los helicópteros y los aviones. Escuchaba al hombre que hablaba, el capitán, no sé si era de apellido Niño o así era como le decían [se refiere al piloto Tirso Javier Núñez].

Pero tengo para decirle que el avión fantasma lo tumbamos todos juntos, ejército y guerrilla. Por eso le digo que falta mucha parte por contar de lo que pasó allí. Hay conversaciones que a lo mejor nadie las ha contado. Nosotros eliminamos al coronel Sánchez como a las cinco de la tarde. No sabíamos que él subía, les cogimos fue la comunicación de que lo habían matado. La pelea se dio allí muy tenaz y el ejército después de la muerte del coronel hizo una avanzada y esa tropa resultó revuelta con la guerrilla en la carretera, el soldado y el guerrillero cogidos de la punta del fusil, a ver quién daba primero. Ahí me mataron un muchacho, fue el único muerto que tuvimos por ese lado. Una tropa quedó peleando abajo con la guerrilla y otra pasó de largo a la base, eso fue más o menos a las nueve o diez de la noche, el coronel ya estaba muerto.

El que comandaba allá se llamaba Fredy. Informaba que estaban revueltos en un combate cuerpo a cuerpo y nosotros le dijimos: “Hermano, pues toca darles con machete o cuchillo, pero tiene que resistir allá hasta que esto nos lo tomemos acá, nosotros estamos sacando fusiles, estamos con la base tomada, tenemos un grupo de soldados ahí debajo de la torre principal y estamos mirando a ver cómo los sacamos”.

Todos los hijueputas años ese cerro pasaba cubierto por nubes y esa noche estaba bien despejado. Y nos cogía ese hijueputa Arpia, eran tres helicópteros Arpiás, uno le daba allá abajo, los otros nos daban arriba. Rompían el monte a plomo. La *radista* mía se meó en los calzones. Estábamos enlazados con el

secretariado, nosotros no teníamos problemas de comunicación para nada, el combate lo dirigía Iván Márquez. Nosotros estábamos cerca de la base, por ahí a unos doscientos metros, porque tocaba recoger los heridos. El primer muerto fue una muchacha que se llamaba Luz Dary, era la encargada de la filmación, murió a las dos de la tarde: asomó la cabeza para filmar y le pegó un tiro, estaba muy cerquita, a ciento cincuenta metros más o menos. Ahí la enterramos. Ella quedó enterrada allá. A la una y media tuvimos un herido, un chino con un tiro en una pata.

Cuando estábamos haciendo el cerco los soldados quedaron por fuera de la tropa nuestra. Tuvimos una falla, calculamos mal: las trincheras estaban a 150 metros, pero las torres estaban a doscientos y llevamos las cargas impulsoras de los cilindros para que cayeran a 150 metros, entonces las cargas caían solamente a las trincheras y había que tomar el espacio para poder llegar a las torres, pero ya nos habíamos gastado las pipetas. Recuperamos una ametralladora punto 50, recuperamos un mortero 120. Ya como a las tres de la mañana que todo lo teníamos consolidado, escuchamos al subteniente de la base que le decía por el radioteléfono al general en Bogotá: “Si no me apoyan me voy a rendir. Me voy a rendir. Mucha gente se ha tirado por el desfiladero, no sabemos si están muertos o estén vivos. Ya la guerrilla la tengo aquí a diez metros, estoy rodeado y están diciendo que van a meter una bomba a la torre”.

Y sí, estábamos buscando para dinamitar esas torres. Había gente de nosotros ya adentro, comiendo en el restaurante de los soldados y en los alojamientos. El general le ordena al capitán del avión, Niño [Núñez], que nos metiera una bomba de 500. “Pero matamos a los soldados”, le dijo. “No me importa, que se mueran todos esos cobardes”, dijo el general.

Entonces le respondía el comandante de la base que mejor se iba a rendir, que se iba a entregar. Nosotros dijimos: “Arreciemos con todo”. Y se viene ese hijueputa avión a darle bala a todo mundo. “Dediquémonos nosotros a parar la bomba”, dijimos, “vamos a darle con todo”. Y todo mundo a darle a ese avión, hasta los soldados con la ametralladora también. A las cuatro y media de la mañana estábamos recogiendo, ya todo muy calmado, no había respuesta de fuego, cuando nos apareció el Batallón Quimbaya ahí en el filo. Empezaron los tiros con ellos. Entonces comenzamos con Morro a evaluar la situación: “¿Qué hacemos? Estos hijueputas se nos metieron y los de la emboscada no se reportan, no sé si a Fredy lo mataron o qué pasó, pero no se se reporta”. Después aparecieron arriba. Y ese avión nos hizo mucho daño, nos mató como a cinco guerrilleros, nos dejó cuatro heridos y en la última vuelta decía por el radioteléfono: “Los estoy impactando, los estoy impactando”, y se reía el hijueputa.

Comenzamos a hablar con el secretarioado a ver qué hacíamos, si parábamos o seguíamos. “Si seguimos podemos recuperar esta vaina pero nos toca poner más muertos, ya el día se vino encima”. Yo le dije a Rubín: “Lo mejor es que paremos esto, no vale nada una victoria pírrica, poner más muertos aquí no vale, ya llevamos muchos, retirémonos”. Llevábamos siete muertos.

Y nos retiramos.

Pero Otilia [Emilse Padiera Cartagena], haciendo una maniobra mal hecha, se tiró por una quebrada y la emboscaron. Ahí mataron dos guerrilleros más. Iban muy cerca a la carretera, la tropa los escuchó bajando y los cogieron a plomo, así a quemarropa, sin saber dónde estaban los mataron. Yo devolví una gente a apoyarlos a ellos y a bajar la gente herida. Había un muchacho muy *tripiado*,

venía arrastrándose y cuando llegó donde los compañeros dijo: “Ya puedo morir tranquilo porque sé que quedo en manos de ustedes y no me cogen estos hijueputas”. Se murió el muchacho. Acá en el campamento hay una pelada que salió herida de allá en un brazo, la Choiba. Ella tiene una historia buena para contar. Ella parió en la cárcel.

Yo recuerdo que retirándome me quedé dormido en el camino porque llevábamos dos noches de traspasado. Me recosté a un bejuco y me dejó la gente. Cuando desperté a las seis y media, más o menos, me encontré a la Choiba que iba herida con un muchacho. Les dije: “No la vayan a dejar, llévenla, yo me voy a parar la gente adelante para mandar a ayudar”. Entonces vi que Rubín se iba a meter a una quebrada, por donde emboscaron los muchachos. “Acá tenemos que dar la vuelta por el filo y ese nos saca abajo a la mina”, le dije. Y ese helicóptero echando bala. Rubín iba adelante, yo iba atrás. Ahí devolví una gente a apoyar, a reforzar.

Llegamos a la mina de Las Canarias, recogimos los equipos, los heridos, y seguimos la marcha. Amanecemos pegados a la carretera entre Pueblo Rico y Chocó. Allí reportamos al secretarioado que nos había ido muy mal: teníamos diez muertos, como diez heridos y nos habían faltado cinco pal peso. Entonces nos dijeron que si queríamos más, que teníamos un avión derribado y el coronel muerto. Del coronel sí sabíamos pero vinimos a darnos cuenta de la tumbada del avión fue cuando salimos a Las Canarias.

Y tengo para decirle una cosa: no se siente lo mismo la guerra estando en el campamento que estando en el campo de batalla. El que vive en el campamento está custodiado, con ciertas comodidades, precarias pero mejor que cuando se va al combate. Ese piensa diferente al que va a combatir.

Por eso no estuve de acuerdo con que a nosotros nos juzgaran los que estaban por fuera del combate, porque nos juzgan sobre supuestos: “Que usted no puede ser comandante por tal y tal cosa”. Nunca han estado en la guerra. Nunca han estado en un frente de batalla. Nunca han sentido lo que siente un guerrero con las botas rotas, sin uniforme, en operativos. Nunca han sentido lo que siente un guerrero enfermo y sin comida. No es lo mismo.

No supe más de Gadafi, solo que se había ido a vivir en paz a las montañas del oriente de Caldas, en la cordillera de la que conocía hasta la última cañada y donde aun así el Ejército logró derrotarlo un año después de la muerte de su jefe Iván Ríos y la rendición de Karina, Elda Neyis Mosquera, con quien compartió el mando del frente 47, tras un cerco militar memorable cuyo teatro de operaciones fue el páramo de Sonsón. Gadafi pudo escapar sólo con su compañera, según me contó, cuando ya no tenía ni quince hombres bajo su mando.

La periodista Juliana Villanueva se lo encontró en 2019 y le hizo una extensa entrevista para el diario *La Patria* de Manizales. Sus respuestas ya no fueron las del guerrero orgulloso de tantas batallas y cicatrices con el que yo había conversado, sino más bien un decálogo del arrepentimiento y la decepción. “De la guerra no se beneficia nadie, de ella se lucran unos cuantos y los peores perdedores somos los más necesitados”, dijo Gadafi en la entrevista, una de las pocas que ha concedido en su vida. “Ya los años me cayeron encima, las enfermedades me tienen agobiado”, le confesó a Villanueva. Qué irremediable es la humanidad —pensé leyéndolo—, cada tanto necesita sobrevivir a una guerra para convencerse, una vez más, de la irracionalidad de las guerras. ☹

¿Qué hacemos con las estatuas?



Monumento al obrero o Estatua del Obrero Antioqueño, por el escultor, músico y concejal Bernardo Vieco, situada en el Parque Obrero del Barrio Boston en la ciudad de Medellín. Fotografía: "Monumento al obrero", tomada por Jorge Obando, en la década de 1940, sin fecha exacta. Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Piloto.

No vamos a minimizar la crueldad de la conquista ni a ignorar el abandono que históricamente han vivido las comunidades originarias. Es una disputa cultural en días de posturas para algunos irreconciliables y en medio de ellas, las estatuas, su significado, su cuidado, su derribamiento... Todo esto en un presente en el que muchos defienden los legados imperiales franceses, holandeses, británicos, portugueses o españoles en sus continentes y países, mientras que

muchos otros prefieren revalorizar las culturas y tradiciones ancestrales que aún sobreviven, muchas veces lánguidamente. Ambas visiones chocan en las calles y las estatuas terminan vandalizadas o reducidas a escombros.

En nuestro contexto, en nuestra ciudades, ¿qué deberíamos hacer con ellas?

Nos referimos a las representaciones de Sebastián de Belalcázar, Jorge Robledo, Pedro de Heredia y personajes similares (militares, conquistadores, con un pasado oscuro), pero no exclusivamente a ellos. Nos referimos a cualquier estatua y por extensión a cualquier obra de arte pública que “genere choque con lo que individualmente cada uno cree y piensa”. Nos referimos también a la comunidad que decidió pintar las escaleras de su barrio utilizando los colores de la comunidad LGBTIQ y que luego fueron vandalizadas regándoles pintura, sabotando el trabajo de quienes luchaban por la inclusión y la visibilización de sus causas. Nos referimos a la fotografía exhibida en una biblioteca pública y que algunos ciudadanos pidieron retirar por considerarla “pornografía”, nos referimos a los hinchas del equipo de fútbol que pintan sus emblemas y al amanecer los encuentran manchados. Tomando las palabras del profesor de la Universidad Nacional y doctorado en Historia Luis Fernando González, “¿qué hacemos con esas piezas, con sus valores históricos o estéticos? ¿Ignoramos la memoria de los pueblos que quisieron rendirles homenaje? Si muchas esculturas, estatuas, bustos u obras de arte se levantaron como símbolos de unión o hermandad entre regiones o países, ¿qué hacemos con ellas?”.

Si aceptamos que nuestro rol es de alguna manera cambiar la historia, ¿podríamos cambiar estatuas y obras? ¿Qué haríamos con ellas? ¿Guardarlas, exhibirlas en otro lugar? ¿Dónde? ¿En museos, en bóvedas de bancos, en sótanos? Si se trata específicamente de borrar un pasado colonialista, ¿podríamos buscarles nuevos nombres al pico Cristóbal Colón o al teatro en Bogotá? ¿Nuestro país debería llamarse distinto? Hablando de eso, ¿qué hacemos con las montañas, ciudades, pueblos, calles, pinturas, películas o libros que tienen atravesado un Rodríguez, un González, un Gutiérrez o cualquier otro apellido proveniente de España? ¿Estaría bien quemar la historia como lo ha hecho tanta gente que hemos criticado? Como reivindicación de los valores que compartimos, ¿deberíamos entonces proponer estatuas nuevas? ¿De qué?

Si buscamos impulsar la conversación y el diálogo, si pretendemos reflexionar y mirarnos más allá de los acontecimientos de hoy, ¿qué deberíamos pensar sobre la memoria? ¿Qué hacer con los símbolos y los nombres? ¿Cómo deberíamos enseñar sobre el pasado? ¿Lo destruimos, lo ignoramos, lo eliminamos? ¿En qué nos convierte eso? ☺

UNA BOTELLA CON UN MENSAJE

por LUISA SALAZAR

• **Fotogramas de *The life aquatic studio sessions***



A veces se alinean los astros y suceden eclipses. A veces se alinean otros astros y sucede algo como *The life aquatic studio sessions*. La impropable reunión de David Bowie, Wes Anderson, Seu Jorge y Randall Poster (una estrella menos famosa pero igual de brillante) dio como resultado unas versiones memorables y melancólicas de algunas de las canciones más conocidas y adoradas de las últimas décadas.

El asunto empieza cuando a Wes Anderson se le ocurre que en su película *The life aquatic with Steve Zissou* uno de los personajes sea un marinero que aparezca cantando canciones de David Bowie en portugués. Así que un día llama a Randall Poster, su supervisor

musical y uno de sus colaboradores más cercanos, la persona con quien escoge las canciones que van a ir en cada una de sus películas y le entrega un guion que dice: “Pelé entra en la escena y canta una canción de David Bowie en portugués”. Eso es todo. No dice cuál canción, no dice nada más respecto a Pelé, no explica por qué este marinero en altamar solo canta canciones de David Bowie, nada. Solo tiene esa imagen y ese sonido. De ahí en adelante es tarea de Randall hacer que la idea se vuelva realidad. Su genialidad consiste en tomar una pista sencilla y no del todo clara y perseguirla, expandirla, darle vida y llenarla de mecanismos internos que le permitan rodar sola y fundirse con todos los otros elementos que constituyen una obra.

Nadie puede simplemente usar la música que quiera en sus películas, detrás de cada canción que suena en la pantalla hay permisos, negociaciones, condiciones y, antes de eso, una cuidadosa selección. Hay que escoger las canciones, pensarlas con escenas específicas, usarlas de modo tal que ellas también sean parte de la historia, que sigan teniendo su propia vida pero que a la vez llenen de capas más profundas la vida de los personajes. Esta es más o menos la tarea de Randall, un trabajo que de algún modo él mismo inventó, al unir las cosas que más le gustaban: la música y las películas. Sucedió con algo parecido a un accidente de laboratorio. En la universidad junto con un amigo escribió un guion sobre una emisora estudiantil, un estudio ofreció comprárselos y ellos dijeron no, gracias, pero no. Decidieron hacer ellos mismos la película que querían. Los aceptaron en uno de los laboratorios de Sundance, grabaron, dirigieron, produjeron y editaron. Estrenaron la película y fracasaron. O más bien la película fracasó, en crítica y taquilla y realmente en todo lo demás, menos en una cosa, en la música. La banda sonora pegó duro. Ahí empezó la carrera de Randall, comenzó a ser conocido como alguien con buen oído y buen ojo y, tal vez más importante, con el talento práctico para negociar con artistas y disqueras. Wes llegó a Randall cuando recién había terminado su primera película, *Bottle Rocket*, e inmediatamente le compartió su frustración por no haber conseguido los derechos de una canción para una escena determinada. Randall estaba tan fascinado con la película que le prometió conseguirle los derechos de cualquier canción para todas sus películas futuras. Así empezaron a trabajar juntos y así se volvieron amigos. Se conectaron por la forma de contar historias a través de la música, de traer sentimientos que están escondidos en canciones viejas. Ellos saben que en la música ya está todo, saben cómo abrir las puertas dentro de ella, y saben cómo montar sonidos y emociones en las imágenes para darles una nueva dimensión a su alma.

Con aquella frase en el guion, “Pelé entra en escena y canta una canción de David Bowie en portugués”, empieza la búsqueda del actor-músico-cantante que sería Pelé dos Santos. Wes contacta a Walter Salles (*Estación Central*, *Diarios de motocicleta*) y le pregunta si se le ocurre alguien para el papel. Walter lo piensa y le responde, solo Seu Jorge puede hacerlo. Jorge venía de hacer la exitosísima *Ciudad de Dios* y tenía una carrera musical en Brasil. Wes habla con la esposa de Jorge, él no habla inglés, y le dice que es Wes Anderson, que va hacer una película y que quiere que su marido interprete a Pelé cantando canciones de David Bowie en portugués. Seu Jorge queda muy confundido. ¿Quién es Wes Anderson? ¿Pelé? Pero yo no soy futbolista. ¿David Bowie? Ni siquiera me sé ninguna canción de él. Pero nada de eso importa, Wes le envía las canciones que tendría que tocar para que las estudie. A los pocos hablan de nuevo, Jorge suelta una pregunta para Wes: ¿Estás seguro de esto? Voy a matar a estas canciones cantándolas en portugués. Wes responde que sí, que quiere hacer algo diferente con ellas. El brasileño prepara una especie de audición con dos canciones, Wes y Randall las escuchan y deciden que sí, que Seu Jorge será Pelé dos Santos.

Cuando Seu Jorge llegó a su primer día de grabación aún había un par de piezas que no conocía bien, entre ellas *Rebel Rebel*. De entrada Wes le dice que les encantaría grabar una de las canciones ese mismo día, que ojalá fuera *Rebel Rebel*. Dios por favor dame inspiración, fue lo único que pensó Jorge y empezó a tocar. ¿Cómo se dice cigarrillo en portugués?, le preguntó Wes, porque

pensando en la letra en inglés no reconocía la palabra en lo que estaba escuchando. Jorge le respondió cualquier cosa, pero nada de la palabra cigarrillo. Wes se tomó un minuto para pensarlo. Ok, pero entonces solo trata de decir *Rebel Rebel* de vez en cuando. Así fue que le dieron completa libertad para hacer las canciones que él quisiera, sin que tuvieran que ser traducciones y así se convirtieron en algo propio. Es extraño cómo funcionan estas versiones, las originales son tan icónicas, tan grandes y familiares que uno pensaría que no se puede hacer algo realmente nuevo con ellas, pero esto es exactamente lo que logra Seu Jorge. Esas canciones siguen siendo ellas mismas, con toda la maravilla de Bowie intacta, pero al cambiar la letra, el idioma y los instrumentos se convierten también en algo completamente nuevo, llenas de melancolía, de nuevos personajes pero, sobre todo, llenas de nuevos sentimientos. Es como si viajaran a otra dimensión donde siguen siendo ellas mismas y mucho más, donde funcionan bajo unas leyes naturales nuevas. Randall y Wes sabían, cuando lo contrataron, que Seu Jorge podía tocar la guitarra y cantar, pero no estaban preparados para su genio musical, para la belleza de sus canciones, para la profundidad de su música.

En la banda sonora de *The life aquatic with Steve Zissou* aparecen cinco de las versiones de Seu Jorge, pero en un estudio en Roma él y Randall habían grabado trece canciones. Las grabaron pensando en tener suficiente material para escoger, solo que salieron tan bien que un año después las publicaron todas en un disco aparte: *The life aquatic studio sessions*. Y así, sin saberlo, lanzaron al mar una botella con un mensaje adentro. El disco empezó a navegar por sí mismo y a llegar a muchas orillas diferentes, pero no lo hizo con bombos y platillos, lo hizo de modo sutil, despacio y constante. Fue acogiendo dentro de sí a las personas que amaban las películas de Wes Anderson, las canciones de David Bowie, la música de Seu Jorge y se convirtió en una de esas excepciones que son las cosas amadas por muchos muy diferentes.

Un día durante el rodaje alguien de la producción le pidió a Wes su número telefónico y le dijo, David Bowie te va a llamar hoy. Pero la llamada nunca llegó y ellos nunca hablaron. Un tiempo después, en una entrevista, le preguntaron a Bowie por las versiones en *The life aquatic* y él respondió: “Si Seu Jorge no hubiera grabado mis canciones en portugués yo nunca hubiera escuchado este nuevo nivel de belleza con el que las ha llenado”. Y ahí quedó el asunto, por más de una década el disco se abrió camino solo, sin que ni siquiera Jorge volviera a tocarlo.

Más de diez años después del lanzamiento de la película y del disco murió Bowie, el 10 de enero del 2016. El 13 de enero murió el padre de Seu Jorge. Y fue en ese momento, después de tanto tiempo, que quiso volver a ser Pelé dos Santos, tocar nuevamente esas canciones y revivir el vínculo con Bowie que le dejó la película. Ese año se volvió a poner el uniforme de la tripulación Zissou, la camisa y el pantalón azul con el gorro rojo, cogió su guitarra acústica y fue de nuevo el marinero en altamar. Hizo un *tour* por Europa y Estados Unidos que agotó toda la boletería en cada lugar al que llegó. Dedicó los conciertos a su padre. Fue una especie de reunión, de catarsis, un modo de que las personas que iban pudieran llorar la muerte de Bowie sintiendo que igual él ya era para siempre, y al mismo tiempo un modo de Jorge llorar a su padre.

Alguna vez Wes le dijo a Jorge que no sabía si a Bowie le había gustado la película, pero lo que sí sabía con seguridad era que había adorado el disco. ☺



COSECHA DE MUSEO

Las plantas son las maestras de la colaboración [y el apoyo mutuo], gracias a sus alianzas, han sabido construir sociedades mutualistas en todos los hábitats de la Tierra.

Stefano Mancuso

por MARÍA ISABEL NARANJO RESTREPO • Fotografías de Sergio González

Por estos lados de la ciudad, entre la carrera Cundinamarca y la calle Calibío, donde se registra el segundo índice más alto de contaminación del aire del país luego de Kennedy, en Bogotá, se rumora que seis mujeres que se hacen llamar a sí mismas guerreras hablan cada ocho días con las plantas que siembran en el parqueadero del Museo de Antioquia.

Un día, antes de la pandemia, o sea antes de que las ratas se comieran todo lo que habían sembrado, a una de ellas la vieron hablando con unos limoncillos. Se trataba de Adela. Sesenta y seis años. De Sevilla. Dos hijos.

Esa mañana Adela salió bravísima de su casa, en Castilla, alegando con su nieta por culpa de Alana, la pitbull recién adoptada a la que le encantaba meter el hocico en la caneca de la basura y hacerse popó justo al lado de su pieza.

Imagínense la escena: los buses y los carros aullando con pitidos por la carrera Cundinamarca, cerca del Museo. La luz del semáforo está cambiando a amarillo. Adela cruza la calle con los ojos rojos, refunfuñando las últimas palabrotas que se le quedaron en la boca después de llorar todo el camino. Su cuerpo, rabioso, atraviesa el umbral

del parqueadero, no saluda a nadie, y por fin, cuando tiene unos limoncillos al frente se desahoga diciendo:

—¡A veeer!, ¿cómo están las maticas? Detrás de los limoncillos de la huerta sigue estando el altar de la Sagrada Familia: sin padre, sin flores y mocha. No se sabe cuándo ni cómo las tres figuras santas, la virgen María, el niño Jesús y el arcángel Rafael —protector del noviazgo— terminaron sin manos en ese hueco *sagrado* en la pared, del que Adela sacó ese día una botella de plástico para llenarlo de agua de la canilla. Solo entonces, las palabras fueron cayendo como gotas sobre las ramas:

—Ay, qué rabia en la casa. Miren que ese chandoso no hace sino hacerlo rabiar a uno —caen en una ramita—. Y esta otra que no le pone juicio, que no lo educa bien educado. ¡Ay, no! Usted está muy linda —acarician una flor—. Porque ella se comprometió. “Ay, no, déjenme el perrito. Yo lo cuido, yo lo educo”. Se comprometió a eso y por eso se le dejó tener el chandoso y vea.

Dicen que después de la terapia vegetal, Adela salió más tranquila a vender confites, chicles y cigarrillos por los lados del Parque de Berrio y, ahí, escuchando a los músicos de cuerda que

tanto le recuerdan a su pueblo, terminó de quitarse todo lo pesado que traía en el cuerpo. Lo de su debut como bailarina pasó al poco tiempo, cuando hicieron el lanzamiento de *Nadie sabe quién soy yo* (2017), una performance de la artista Nadia Granados en la que Adela representó a una bailarina de salsa en medio de una balacera.

Ese papel la hizo imaginar que ella también podía ser una “bailarina de parque, independiente”, y aumentar sus ingresos de la chaza. Se inventó un *show* de baile al frente de Versalles, sobre la calle Junín, que presenta los jueves y los viernes, y en el Parque de Berrio también, cuando sale con ánimo de la huerta junto a las otras guerreras.

—Me va bien, pero el baffle se me dañó y ya llevo cuarenta mil pesos en arreglos. Plata que me hago, plata que le meto. Entonces ya voy a parar la bailada por ahora —me dijo la última vez.

Cuando Adela está en la huerta uno la ve cargando herramientas, palas, escobas, limpiando. Ordenando. Los martes a la hora de la salida se escucha la voz de ella pidiendo “Señoras, por favor recojan lo que usaron no me dejen eso regado”. Por eso en una de las cuatro visitas que hice le pregunté:

—¿Cuánto puede medir la huerta?

A ojo empezamos a calcular uno, dos, tres...

—Yo calculo que aquí puede haber unos veinticuatro metros cuadrados —y extendió sus brazos agrimensores—. Pero ve, me diste la idea. En estos días me traigo un metro y la mido.

Alejandro Acevedo, un muchacho de La América que hace siete años vive de cultivar lombrices en la terraza de su casa, les estaba explicando ese día cómo hacer un lombricultivo con la promesa de que si aprendían, con Lombriciando —así se llama su negocio—, se las ayudaría a vender.

Las guerreras ponían cara de ilusión haciendo cuentas con los dedos, imaginando cómo esos cincuenta kilos de caca de lombrices que iban a tener en cinco meses los iban a poder vender —a cinco mil pesos el kilo—, pero antes de eso. Antes de eso debían entender cómo *trabajaban* las lombrices.

Anotan:

—Las lombrices descomponen por capas el tendido de frutas, cáscaras y otros residuos vegetales que ustedes deben encargarse de traer cada tres días.

Veo el primer problema: ellas vienen cada ocho.

Un nuevo cajón de madera en el centro de la huerta, lleno hasta el tope de hojarasca, cortezas y hierbas mezcladas con algunos pedazos de bolsas de plástico, se ha tragado el lombricultivo veinte días después. Adela, expurgando el amasijo vegetal con las manos, murmura que ojalá las lombrices sobrevivan en el fondo y sin comida, aunque pude notar el segundo problema: se les olvidó que existían.

Cuando termina la limpieza manual dice que ha traído un cuaderno donde anotó algunos detalles importantes sobre cómo empezó la huerta. Entonces nos sentamos al borde de la fosa lombriciante donde comienzo a grabar:

—¿Me está grabando? Ejem... —se aclara la carraspera de la voz—. Mi nombre es María Adela Villa y esto que tengo en la mano es el inicio de nuestra huerta acá en el Museo.

—¿Tú lo escribiste?

—Sí, yo lo escribí.

—Vamos a leerlo así tal cual lo escribiste.

—Acá, por ejemplo, dice: “Lunes seis de septiembre del veinte diecisiete. Residencias Cundinamarca. Museo de Antioquia. Relación de la huerta en mi cuaderno. Tema: De nuestra huerta y cómo inició este programa”.

El cuaderno que lleva Adela es una especie de bitácora en la que cada guerrera anota lo que le parece importante. Lo que aprenden en las capacitaciones que les trae el Museo, como la del lombricultivo; los remedios caseros que se dan entre ellas cuando se cuentan sus dolencias, como el día que llegó Gladys Restrepo. Cincuenta y seis años. Dos hijos. Un infarto al corazón.

—Anoté pues lo que se va a tomar —le dijo Carmen Bedoya, la mujer curandera que más sabe de remedios en la huerta, cuando la vio llegar debilitada después de un mes y medio de convalecencia—: además de tomar cidrón y toronjil para que se relaje, en un tarro de aluminio seco va a poner un palomero adentro. Lo tapa bien tapao y lo pone al baño María, para que sude. Luego se toma una cucharadita de esa sustancia tres veces al día. Y de a poquitos, porque es muy fuerte.

Hace cuatro años esta huerta que no sabemos todavía cuánto mide era una jardinería de achiras, un desierto ornamental de malamadre en la parte trasera de un parqueadero en el centro contaminado de la ciudad. Ahora es un solar comunitario que ha dado cosechas de prontoalivio, albahaca, yerbabuena, limoncillo, lechugas de cuatro clases: la lisa o india, la crespita, la moradita, la col bogotana casi blanca, ancha. Han sembrado acelgas, flor de jamaica, yuca, plátano, papaya, piña, tomate de árbol. También cebolla de huevo, cebolla de rama, de la bogotana y de la de aquí. Una vez tuvieron zanahoritas, un naranjo con naranjitas, “muy ricas”. Una cilantrada “hermosa”. Hasta que...

—Llegó esta pandemia tan brava y la ratonamenta se apoderó de todo porque solo podíamos venir cada ocho días. —Grito de Jorjes Carmen, la curandera. Setenta y tres años. De San Vicente. Otro hijo. Se vino caminando del otro lado de la huerta, mirándonos atentamente con los ojos negros y brillantes, como embrujados, cuando nos escuchó hablando de las artistas.

Era la época de bonanza, cuando “todo era para todas”. —Ah, que no hay sino esto, entonces lléveselo usted. O que solo hay esta cosita, entonces llévese usted. Y así no peleábamos —se le alcanza a entender porque trae puesta la mascarilla que dice: *Dios cuida de mí*.

—¿Qué significa para ustedes ser guerreras? —les pregunto a las dos cuando Carmen se sienta al lado de Adela.

—A ver, yo soy guerrera porque yo me tiré a conocer el mundo sola desde

los quince años —responde Adela—. Me fui de mi casa porque me pegaban mucho y me lancé a *guerriar* la vida de día y de noche. En la vida nocturna estamos en ese peligro, pero uno lo enfrenta. Los hombres, que nos llaman amigas y luego nos llevan a un hotel y nos matan. Ir por ahí con una canasta de cigarrillos de bar en bar de cuatro de la tarde a las cuatro de la mañana. Por eso soy una guerrera.

—Nosotras decimos “somos guerreras” porque “guerreemos” la vida —responde Carmen—, porque en todo momento estamos luchando para conseguirnos un sustento sanamente, sin robarle a nadie, sin matar a nadie.

Carmen está hablando al lado del árbol de tomate que sembró cuando llegó a la huerta, para recordar que su tía no se los dejaba comer.

—Yo fui la causante de que mi madre y mi hermana melliza fallecieran cuando nací.

formal. Carmen ya se ha cambiado la camisa de algodón por una blusa de chifón color helado de mandarina, y los tenis por unas sandalias negras.

—¿Qué representa para ti esta huerta ahora? —le pregunto mientras termina de alistarse.

—La huerta y las plantas se llevan toda mi depresión y mis angustias —dice—. Yo me vengo a cultivar, a enseñarles a las otras a sembrar y es una cosa que me saca una carga de encima, ¿me entiende?

—¿Y las plantas la entienden?

—A las plantas se les tiene que hablar, se les tiene que acariciar. Se reprenen si ellas no quieren dar nada. ¿Pero qué pasa? Que no pueden hablar, pero ellas oyen.

—¿Y te entendés mejor con las plantas o con los hombres?



Así empieza su historia. Primer párrafo. Vamos a cerrar los ojos y a pensar en una nube de palabras que designan seres y acciones para armar su vida: Mamá. Muerta. Hermana. Muerta. Papá solo. Bebé en caneca de basura. Abandono. Padrastro. Intento de violación. Tía. Abandono. La calle. Dormir en parques. Marido. Pobreza. Abandono. Desde que su marido se fue de la casa y la abandonó a su suerte con ocho hijos, los vecinos siempre vieron a Carmen trabajando en bares. De mesera. De despachadora. De salonera. Cuando acababa su turno a veces se quedaba con amigos secretos. Pero nunca en las esquinas. A ella la palabra prostituta no le gusta. Le aterra. Cree que supone siempre una “mala intención” de parte de la mujer. Prefiere decir... mujer fácil.

—¿Por qué?

—Porque un hombre le habla, le propone un trato y ella verá si acepta o no. ¿Ya me entendió? Salen a conseguir su vida sanamente, sin hacerle daño a nadie.

Además de la ropa de trabajo de la huerta, las guerreras llevan en sus morrales la muda del “nunca se sabe”, más

mucho problema, me dan ganas de quitarme la vida”.

—Por esa época ya se había muerto Walter, mi ojibonito —dice Rosalba acunando un recuerdo en su mirada que la enternece—, y yo me moría por ese hombre.

—Yo le dije: venga la meto a un programa del museo que allá se va a sentir mejor, y véala como está ahora.

Dejamos a Carmen a un lado, acicalándose en el espejo, y nos acercamos con Rosalba al lado de la materia grande con un árbol de cacao que ella estaba regañando el día que la conocí:

—¿Por qué está tan feo? ¿Por qué no me querés prender? —repetía agachada debajo del árbol—. Ah, ah, ah. ¡Te quiero conocer tu palo... de cacao!

Lo decía riéndose porque sabía que yo la estaba escuchando. Ese árbol lo sembró porque le recuerda a su niñez, en Sopetrán, cuando se comía a escondidas las mazorcas de cacao. “Eso te hace daño, eso te da fiebre”, la regañaba su mamá, pero Rosalba se comía hasta dos mazorcas al día. Y nunca le dio fiebre.

Su mamá le pegó con un palo cuando supo de los amoríos que había tenido a escondidas con Walter durante dos años. Lo único que no le quedó morado en el cuerpo esa vez fue la cara. Pero la pela no sirvió de nada. Igual se fue detrás de él y tuvieron seis hijos.

No tenía ni dos meses de embarazo del primero cuando vivían en una pensión por los lados de Díaz Granados, en el Centro, y una amiga suya le dijo: “Vení para que veás lo que está haciendo tu marido”. Se la llevó para un bar en El Raudal y ahí fue cuando lo vio. Tenía a una “salonera” sentada en las piernas a la que le pegaba palmadas en la nalga por “comportarse mal”. Los siguió toda la noche hasta que subieron juntos las escalas de un motel.

La niña embarazada se devolvió a la pensión llorando, y así se quedó el tiempo que Walter dejó pago: quince días. Quince días lloró y tomó únicamente agua de la canilla. Hasta que se la llevaron a vivir otra vez a la casa de su familia, en Aranjuez, donde su mamá la contempló con concha de gurra raspada para quitarle los vómitos que le daba el embarazo.

—Hasta que un día mi mamá me mandó donde los Betancures a comprar un jabón Rey para seguir lavando ropa de la Lavandería Real. Y allá estaba escondido el berraco detrás de la puerta. “¡No me perjudiques!”, le decía ella, pero él insistía con miraditas, besos y caricias hasta derretir su voluntad.

Durante veinte años parió los hijos de Walter aunque él jugara a ser un fantasma: aparecía y desaparecía cuando la daba la gana. Fue después del tercero, en Santa Cruz, cuando le tocó salir a ella a guerrear en la calle porque el ojibonito se le había perdido otra vez.

Trabajó en El Córdoba, un bar cerca de El Ferrocarril. En El Atlántico. En Los Arrieros. En Los Recuerdos. Y ahí fue donde se entregó completamente al oficio de “salonera”.

—Un día mío era tomar —dice—. En esos días estaba enamorada de la Tierra y me decían, Aaalba, ¿uno? Pase. Otro, pase. Como era pa aquí y pa allá no me emborrachaba. Y además en ese tiempo era aguardiente bueno, sabía a puro anís.

—¿Y eso qué significa? —¿Qué significa qué? —dice Rosalba —Estar enamorada de la Tierra.

—Significa que como tenía que buscarme la comida de mis hijos, aceptaba todo lo que me dieran. ¿Vamos por allí?, vamos. Atendía contenta en los salones a los borrachos, me daban trago y luego nos íbamos a bailar.

Hasta que se llenó de hijos y dejaron de darle trabajo porque pedía muchos permisos. Además esos hijos estaban creciendo y ella comenzó a sentir pena de que la vieran así. Terminó viviendo con una tía que la humilló y la humilló,

hasta que se cansó y unos conocidos de su familia le ayudaron a hacerse un rancho en un terreno baldío en Robledo.

Madrugaba. Empacaba aguapane-la con limón, una coca con arroz y sa-lía caminando del rancho con sus seis hijos hasta una ladrillera de Guayabal. Del occidente al sur. De ida y de regreso. Mientras iban apilando los 150 adobes regalados con los que hizo las tres pare-des del frente de su casa.

—Han pasado 41 años desde que les dije a los de Control de Obras que me tumbaron tres veces mi rancho: “¡De aquí no me sacan!”. Y ahí estoy en mi casa, porque me la *guerrié*. ¡De ahí no me sacan sino para el cementerio!

—Hola, hola —llega saludando Adela—. ¿Está hablando con sudado de lengua?

Así le dicen cariñosamente a Rosalba cuando le dan cuerda para hablar.

Es mediodía, la hora de salida, y Ade-la llegó con Luz Mery. Sesenta y tres años. De Pensilvania. Cuatro hijos. Mide medio metro, como casi todas. Su pelo está teñido de morado, lleva puestas unas gafas de marco gatuno que la ha-cen ver más joven y una camiseta con el mapa de África. En su casa en Santa Ele-na ha hecho amistad con lulos, cebollas, un palo de naranjas. Y un vecino con el que pasea. Por eso la muda del nunca se sabe que trajo hoy es un vestido de baño.

—Bueno señoras, vengan que va-mos a hacer cuentas —dice Luz Mery

mientras anota en su cuaderno lo que le da a cada una.

Primero le hace señas a Carmen para que se acerque, y le da un dinero extra por los pasteles de pollo que trajo para el refrigerio de todas.

—¿Y qué llevas en el morral? —le pregunto a Rosalba antes de que Luz Mery la llame y se vaya.

—Voy pa San Roque.

—¡Donde el amor! —grita Carmen otra vez de lejos, como si siempre nos es-tuviera oyendo.

—Tengo un amor de 78 años. Dejo esta ropa allá, y así cuando quiera me voy y no tengo que llevar más.

—Y por eso tenés los ojos brillantes —le digo.

—Es que me brillan de la felicidad. ***

Cuando salgamos de la huerta Luz Mery dirá que la mata de café donde es-tuvo sentada repartiendo la plata, ella la sembró. Es una mata que la devuelve cin-cuenta años en el tiempo, a la finca cafe-tera donde vivía con catorce hermanos y todo el mundo tenía trabajo para hacer.

Moler. Hacer arepas. Sembrar. Des-cerezar el café. Ella sabía hacer todo eso y también se inventaba formas de hacer dinero. Como esa vez que hizo una rifa de alcantarilla.

—¡Vamos a rifar un tarro de leche! —les propuso a sus amigas de Pensilvania.

—¿Y de dónde el tarro de leche? —preguntaron ellas.

—Pues de la plata que recojamos.

Y así empezaron. Era como a veinte pesos la alcantarilla y varias personas que compraron decían:

—¡Apunten a la alcantarillera!

¡Apunten a la alcantarillera! —que era Luz Mery.

Y se la ganó.

Luz Mery y sus amigas no solo rega-laron un tarro de leche a una familia que lo necesitaba, sino un mercado completo.

Eso mismo intenta hacer ahora en la huerta. Está pendiente de convocatorias que les sirvan y las alienta para que ha-gan sus proyectos.

—Cuando entreviste a Gladys, la en-ferma de corazón, pregúntele qué sig-nifica Úsese solo una vez —me dirá Luz Mery—. Ella fue la que se inventó eso de los calzones.

—¿De los calzones?

—Son calzones desechables que di-cen eso.

Resulta que un día Gladys dijo: “Uno en este oficio debería tener calzones que usa una vez y chao”. La frase fue tan po-derosa que la estamparon en unos calzo-nes que vendían en nombre de la mujer fácil —como le gusta decir a Carmen—, que termina cosificada de la misma ma-nera.

—¿Por qué crees que es poderosa esta huerta? —le preguntaré a Luz Mery cuando estemos en el Parque de Berrio.

—Porque nos ha devuelto una sen-sación muy grata: estar empleadas. Los

lunes por la noche preparamos las gafas, los guantes, las semillas y el pasaje para salir muy temprano los martes, que es el único día de la semana que sí vale la pena levantarse. ***

Todo en orden. Morrales en la es-palda, bocas pintadas, algunas de te-nis y otras de tacones. Así salimos de la huerta, en fila hacia el bar La Luz, en la esquina del Museo, donde Carmen tra-bajó de salonera. Queríamos tomarnos una cerveza y hablar de recuerdos de esa época, pero el volumen de la músi-ca nos hizo cambiar de idea. Nos decidimos mejor por cinco tintos del carrito de los venezolanos, muy cerca del mosaico de la Virgen de la Candelaria que hay es-condido en los bajos del metro. A lo lejos se lee una inscripción: “Si quieres que tu dolor se convierta en alegría, no pasarás pecador sin invocar a María”. Invocamos a María del Carmen, que fue la que nos pagó los tintos, y luego caminamos ha-cia el Parque de Berrio hasta la palma fé-nix, donde casi siempre están sentados los músicos de cuerda. Cuando nos vie-ron llegar cambiaron la melodía sosa por una carrilera animada, solo por el placer de ver a las guerreras bailar. Can-tamos en coro. Hicimos un trencito. Al mediodía. Como si no hubiera tiempo. Ni preocupaciones. Pero el tiempo fue pasando y ellas se fueron yendo: Rosal-ba con el amor. Luz Mery con el vecino. Carmen con Adela. Adela con el azar. Como jubiladas, sin jubilación.

Yo, que seguía trabajando, regresé al museo a preguntar cuánto mide la huerta.

—Cuarenta y cinco metros cuadra-dos —dijo Juli Zapata, responsable del Museo después de consultarlo.

Cuarenta y cinco metros cuadrados. Es poca la tierra que necesitan las gue-rreras para inventarse otro mundo, uno donde las plantas nos oyen. ☺



SAGA ÚSUGA

por PASCUAL GAVIRIA • Ilustraciones de Verónica Velásquez



Urabá era un hervide-ro político, una peque-ña república donde todo estaba por aco-modarse: las ideas, los liderazgos sociales, la premi-nencia electoral, las condiciones labora-les, los barrios marginales, la expansión bananera. Corría 1978 y el reloj marca-ba los arrebatos de la Guerra Fría y los abusos del Estatuto de Seguridad del re-cién posesionado Julio Cesar Turbay. Sindicatos, movimientos obreros, parti-dos nacientes y tradicionales, gremios y curas se peleaban los espacios en un te-rritorio prometededor y feroz. Y casi todos tenían un respaldo armado para consoli-dar sus objetivos y defender sus lideraz-gos e intereses. Estaban las Farc, el EPL, los paras en formación, los militares en guardia. La política tenía, entonces, un importante ingrediente de plomo.

Ese 1978 es clave para entender una buena parte de la violencia que ven-dría después en la región. Un rompi-miento entre el EPL y las Farc abrió una nueva trocha de batallas a muerte. Dos jóvenes comandantes del Fren-te Quinto tuvieron diferencias con los procedimientos y la visión de lucha de sus superiores. Decían que las Farc solo alentaban burocracia y votos para el Partido Comunista, criticaban algunos abusos contra los campesinos y al mis-mo tiempo la falta de frentes urbanos. Naín Piñeros y Bernardo Gutiérrez, con mando y presencia en el eje bananero, en las codiciadas partes planas, decidie-ron formar cambuche aparte. En medio de un último intento por arreglar el des-acuerdo Naín Piñeros fue asesinado por hombres de las Farc y Bernardo Gutiérrrez quedó solo y decidido con un nue-vo grupo al que llamó Núcleos ML de las Farc. La aventura en solitario duró un año. Gutiérrez tramitó su ingreso al EPL y las Farc apuntaron sus armas no solo contra el desierto sino en general contra el Ejército Popular de Liberación. La madeja de la guerra comenza-ba a enredarse, cómplices y enemigos se revolvián, ideologías y traiciones se mezclaban. Una constante en las largas y cambiantes guerras en Urabá.

En ese 1978 llegó Mario Agudelo a Urabá. Acababa de pasar seis meses en Bellavista por un saboteo electoral que no fue: “Por tirar puntillas el día de elecciones. Bueno, por cargarlas, por-que todavía no había tirado ni una”. Eso terminó convenciéndolo de ingre-sar al EPL y se puso a discreción. Iba para el suroeste pero terminó en el golfo

por azares sentimentales. La camarada que lo visitaba en prisión para sostener moral y hacer las tareas de adoctrina-miento terminó siendo su compañera. Simularon muy bien la visita conyugal. Ella tenía su base en Urabá y la dirigen-cia no quiso separar a la pareja.

Mario será la memoria de este recorri-do que pretende una mirada sobre casi 35 años de historia en armas, tres desmovi-lizaciones y una increíble mezcla de mi-litancias por parte de los hermanos Juan de Dios Úsuga David, alias Giovanni, y Dairo Antonio Úsuga David, alias Oto-niel, y su gente. Un ejemplo revelador de evolución criminal. Mario Agudelo habla con una memoria que tiene algo de devo-ción, con una extraña curiosidad por el pasado que revisa en noticias, reitera en conversaciones y reconstruye en reflexio-nes personales. Sufrió atentados en Ura-bá y perdió un hijo en su casa por un libro bomba que estaba dirigido a él. Hizo polí-tica con éxito, fue alcalde de Apartadó en el 2001 y diputado de Antioquia durante dos periodos.

Cuando Mario llevaba tres años en Urabá el EPL comenzó a ganar espacio político. Sintagro, su sindicato aliado, llegó a tener casi siete mil trabajadores bananeros afiliados. Más de la mitad de los obreros del sector estaban en sus lis-tas. Las invasiones de tierras, los paros, el triunfo en las convenciones colecti-vas les fueron dando una ascendencia especial que las Farc recelaban. “Y todo con base en Currulao que era un san-tuario de ellos, nosotros nos volvimos poderosos fue ahí”, dice Mario. Al pri-mer campesino que mataron por apo-yar a Bernardo Guriérrez, que según la paranoia de las Farc era agente de la CIA, fue a un señor Cruz Borja. Legen-dario del Partido Comunista que venía del Sumapaz.

Los paras eran todavía una estructu-ra en formación, más vigilantes de fin-cas bananeras y socios de los nacientes negocios narcos que comandantes. Y los mafiosos comenzaban a llegar como “nuevos inversionistas”: “Fidel Casta-ño tenía mucha territa por ahí en el Da-rién, los Ochoa comenzaron a comprar tierra en San Juan y en Arboletes, tenían fincas ganaderas, el Pelusa Ocampo te-nía allá la Virgen del Cobre, hacienda con pista de aterrizaje...”, recuerda Agu-delo. Rodríguez Gacha, Mata Ballesteros

y hasta miembros de La Terra-za, como Elkin Mena, llegaron a invertir y despojar en el nor-te de Urabá.

En 1984 llegó la negocia-ción con Belisario Betancur. Farc, EPL y gobierno firmaron una tregua y las cosas se cal-maron por un tiempo. Diri-gentes de los grupos armados salieron a hacer proselitismo público y los sindicatos que habían ido y vuelto de la lega-lidad a la clandestinidad die-ron algunas de sus luchas más importantes. El EPL ya lograba hacer manifestaciones hasta de tres mil personas en la zona bananera: “A no-sotros ese acuerdo nos cayó como ani-llo al dedo. Ya teníamos un trabajo y a raíz de eso nos abrimos a hacer un tra-bajo ya público, como EPL. Y ahí salió Sintagro como un sindicato fuerte (...) Y cuando las Farc llegan, que habían es-tado muy a la defensiva por el Estatuto de Seguridad, encuentran que el es-pacio está ocupado. Y ahí vino una cosa muy dura nuevamente, entonces esos manes empezaron a matar muchachos del sindicato y hubo tres masacres ahí, en heladerías, porque en ese tiempo los obreros vivían en las fincas y la di-versión de ellos era salir a tomar guaro cada quince días”.

La negociación no iba para ninguna parte. El gobierno solo intentaba enten-der a Urabá más allá de la versión que le entregan los militares, y la insurgen-cia estaba tomando aire, combinando las formas de lucha en busca de la ape-nas postergada revolución. Fueron casi tres años de apaciguamiento durante los cuales el EPL pasó de ser una guerri-lla regional entre Córdoba y Urabá a te-ner una relevancia nacional. Luego del rompimiento del proceso, los partidos, los sindicatos, las guerrillas y las orga-nizaciones sociales tenían más que nun-ca representaciones y reivindicaciones cruzadas. Y la muerte aparecía en las fincas bananeras, en las sedes de cam-paña, en las cooperativas, en el monte.

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS
EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335



Urbania.
Café consciente.

Calle 14 Viva Envigado Calle 8

Calle 14 #30-100
El Poblado.

Cra. 48 ##328 Sur-139,
Envigado, Antioquia.

Calle 8 #438-132
El Poblado.



A finales del 87 llegaron esos “muchachos” al EPL y la guerra tenía un nuevo ingrediente. La campaña para la primera elección popular de alcaldes estaba en pleno furor. Una semana antes de las elecciones, en marzo de 1988, se cometieron las masacres de Honduras y La Negra en las que fueron asesinados veinte trabajadores bananeros en Curruao. Los sacaron de los campamentos de las fincas con lista en mano. Los paras de Castaño, la gente de Henry Pérez llegada desde Puerto Boyacá, y algunos empresarios bananeros fueron condenados por las muertes décadas después. “Previo a las elecciones mataron mucha gente, mucho dirigente sindical, mucho dirigente político, no solamente de la izquierda, de la UP, de nosotros, sino que allá mataron también un señor del Nuevo Liberalismo, mataron al director del partido Conservador en Apartadó”. Agudelo recuerda ese “avance” de democratización casi cerrando los ojos. En ese momento hacía parte del EPL pero ejercía igualmente liderazgo sindical con Sintagro y político con el Frente Popular que hizo coalición con la UP en Apartadó y otros municipios. En la “capital” del Urabá Antioqueño la UP y el Frente Popular sacaron más de seis mil votos, doblaron al partido Conservador y al partido Liberal y eligieron a Ramón Castillo como alcalde, quien debido a las amenazas y los atentados dejó el cargo y el país. Volvió cuatro años después y en 1996 fue asesinado en Manizales.

Hace unos años se supo que no solo el ejército abría la puerta para que mataran a la gente de los movimientos afines al EPL, también las Farc hacían lo suyo en esa guerra sin trincheras: “La historia ha venido saliendo a flote, había un pacto entre el Quinto Frente de las Farc y Fidel Castaño, inclusive los tipos de las Farc fueron a Las Tangas a reunirse con Fidel y yo tenía mucha duda sobre si fue así o no, pero a mí me llamaba la

atención por qué todo era contra nosotros, Honduras, La Negra, Coquitos, La Mejor Esquina, Pueblo Bello, El Tomate, todas las masacres contra nosotros que no éramos los más poderosos políticamente, aunque militarmente sí éramos fuertes... Y ya hace poco, Manteco, comandante del Quinto Frente, desmovilizado en los acuerdos de La Habana, reconoció que ellos hicieron reuniones y mantuvieron esa relación hasta el 94, hasta que murió Fidel”. Los paras manejaban las costas desde el Darién hasta Córdoba y se preocupaban por la salida de la droga. Las alianzas miraban el negocio y nos los melindres ideológicos.

Los “muchachos” recién llegados se dieron cuenta de qué se trataba la guerra en Urabá. Era como si la realidad les dijera, bueno, aprenden o aprenden. Los hermanos Úsuga no llegaron solos a las filas del EPL, un buen combo de guerreros estrenaban fierros y uniforme. Los jóvenes que venían de la vida campesina, de las montañas cercanas y no del eje bananero en la zona plana, y eran los que menos formación política tenían. De ahí venían los Úsuga y sus camaradas que desde los primeros meses en la guerrilla montaron una parrillita: “Esos muchachos eran buenos combatientes, realmente eran buenos combatientes, y ahí hubo una línea de mandos medios muy buena: Gavilán, Sarley, Gonzalo, Ricardo, Caballo, y por coincidencias de la vida resultó que todos esos muchachos eran de Turbo o se habían criado por allá...”. Mario dice no recordar exactamente el momento en que llegaron los hermanos Úsuga, pero tiene claros los movimientos y las ambiciones de ese grupo de jóvenes que desde el comienzo tuvieron una inclinación por el rancho aparte.

Menos de dos años después de la llegada de los Úsuga al monte el EPL comenzó un nuevo proceso de negociación. En Urabá el clima era otro con el

desmonte de la Jefatura Militar, figura que convirtió por un tiempo las alcaldías en comandancia, y el compromiso público de Fidel Castaño de respetar el cese de fuego con el EPL. Se acababa el gobierno de Virgilio Barco y aparecía la posibilidad de una Asamblea Nacional Constituyente. Esa oportunidad llevó al M-19, al EPL, al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) y al Movimiento Indígena Quintín Lame a la mesa de diálogos. Al final todos firmaron e hicieron parte de la Constituyente.

El 1 de marzo de 1991 más de 2200 combatientes del EPL dejaron las armas en seis campamentos de paz en Colombia, además de 6400 militantes clandestinos del Partido Comunista Marxista Leninista. Algo más de seiscientos hombres y mujeres en armas se desmovilizaron en Urabá en medio de una gran movilización ciudadana. El EPL era la guerrilla más importante en la zona y su presencia era clave en muchos sectores de la sociedad.

Pero los mandos medios no veían una recompensa cierta por dejar las armas. Las discusiones se daban en ámbitos y con temas distintos a sus intereses. El lugar de privilegio que les daba su mando sobre otros hombres y su poder sobre la población civil nunca fue tenido en cuenta por quienes lideraron las negociaciones. Ellos solo perdían rango, pasaban a ser excombatientes rasos. En esas condiciones quedó el grupo de guerreros al que pertenecían los Úsuga. De modo que se dedicaron a buscar una buena franquicia para sus probadas habilidades en armas. Mario Agudelo recuerda bien ese momento de celebraciones y de debates constitucionales para unos y búsqueda de nuevas trochas para otros: “Cuando nosotros nos desmovilizamos ellos andaban pa arriba y pa abajo juntos, todos ellos, eran por ahí diez pelaos, hoy estaban en Turbo mañana en Apartadó y nosotros mirábamos, ¿estos güevones qué pues?, y resulta que estaban era perdidos, estaban buscando pa dónde arrancar y cuando menos pensamos, en octubre, dijeron, no, nosotros nos rearmamos, Caraballo nos dio el apoyo y las Farc nos dieron el apoyo y vamos a retomar las armas como frente Bernardo Franco...”. Las condiciones para los desmovilizados tampoco daban mucha tranquilidad, luego de tres años de firmada la paz los excombatientes asesinados ya sumaban trescientos.

El respiro duró apenas ocho meses para los “muchachos”. Francisco Caraballo, el principal disidente del EPL, les dio su apoyo desde Bogotá. Caraballo no estaba en las regiones ni era hombre de monte. Su apoyo era el de un jefe a distancia, alguien que prestaba el nombre para que se armaran un organigrama. Caraballo fue capturado en 1994 en Cajicá, a cuarenta minutos de Bogotá, en una escena de familia burguesa: bien dormido en compañía de su esposa y su hijo, y bajo el cuidado de dos mujeres que dijeron estar al servicio de la familia.

Pero el combo Úsuga necesitaba, además de ese estatus de disidencia recién perdido por la caída Caraballo, la simpatía de las Farc que habían emprendido una matazón contra los desmovilizados a quienes consideraban traidores: “Las Farc los apoya, ellos estaban muy nuevos y necesitaban el apoyo de las Farc, eran personas que de un momento a otro iban a ser jefes de un movimiento armado, antes eran solo mandos medios, las Farc les da el apoyo logístico e ideológico, les permite que transiten por sus territorios”. Poco a poco son más un pequeño apéndice de las Farc, con algo de margen para actuar y cobrar pero con la tutela y protección de ese tío mayor. Los pequeños ejércitos de los Castaño y otros terratenientes de la zona ya son

las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) y triplican en poder de fuego a esa anémica disidencia. No era posible mantener durante mucho tiempo esa figura de disidencia acéfala del EPL: “Para el 96 estos grupos de los caraballistas estaban muy mal, porque esos muchachos estaban en una desventaja muy grande frente a las ACCU de Carlos Castaño, entonces las Farc los recibe allá en Mutatá y estos como que en el trato con la población eran abusivos y parece que mataron a un campesino cercano a las Farc y ahí los expulsan y los enfrentan... ¿Cuándo toma preponderancia Giovanni? Cuando ellos tienen problemas con las Farc, el que tiene problemas con las Farc es Giovanni”.

El mayor de los Úsuga tenía su grupo por los lados de Bajirá, mientras Gonzalo estaba en el oriente de Antioquia y Sarley manejaba el frente Bernardo Franco en el eje bananero. Se habían desdoblado en tres estructuras. En medio del desespero por un posible exterminio Giovanni tiene una idea audaz, se va para Vigía del Fuerte y le manda un mensaje de rendición a Carlos Castaño. Era imposible para ese pequeño combo sobrevivir en medio de una guerra simultánea con los dos grandes grupos armados de la región. Mario Agudelo recuerda no solo la jugada de Giovanni sino la del líder de las ACCU: “Castaño no les tenía confianza pero fue hábil, dijo, no puedo perder este papayaso, entonces él hace los puentes para que se desmovilicen, oígame bien, Carlos Castaño como facilitador de una desmovilización... Gestor de paz”.

“Concentrados en finca de los hermanos Castaño Gil”, titula la noticia del 31 de julio de 1996 en el periódico *El Mundo* de Medellín, y continúa la nota: “Al jefe del programa de reinserción de la presidencia de la república, Tomás Concha, lo mismo que a tres representantes de la gobernación de Córdoba, la Defensoría del Pueblo y a varios sacerdotes fueron entregados ayer por la Cruz Roja Internacional y varios prelados del Urabá antioqueño, los 45 guerrilleros del EPL que se rindieron ante las Autodefensas Campesinas (...) Los 45 insurgentes eran comandados por un joven apodado Giovanni. Del grupo hacían parte 10 mujeres según lo estableció El Mundo. Los guerrilleros hicieron entrega de fusiles Ak-47, revólveres y pistolas así como equipos de campaña y manifestaron estar decepcionados con la lucha guerrillera”. En la finca Cedro Cocido, a veinte minutos de Montería, el Estado recibía a una escuadra disminuida de manos de un grupo armado en pleno crecimiento. El presidente de la Federación de Ganaderos de Córdoba dijo en su momento en entrevista en *El Colombiano* que había sido un gesto humanitario de los Castaño y que la entrega de ese grupo era “una prueba la eficiencia de las autodefensas y la falta de fortaleza de las Fuerzas Armadas”.

Unos días después de esa dejación de armas se presentaron en el Carmen de Viboral cincuenta hombres más comandados por David Mesa Peña, alias Gonzalo, quien dijo en sus declaraciones que era el comienzo del fin de la guerrilla y que las Farc ya eran solo una banda de narcos. Álvaro Uribe Vélez, gobernador de Antioquia en el momento, se enteró de la entrega por las llamadas de los comisionados de paz de Antioquia, monseñor Isaías Duarte Cancino y Sergio Fajardo. El gobernador parecía mirar todo desde afuera con mucha tranquilidad: “Sin embargo, la voluntad final de este grupo (ACCU) no es incorporarlos sino facilitar que estos alzados en armas puedan entrar a un proceso con el gobierno nacional”.

Pero Castaño sí tenía la voluntad de dejarlos bajo su mando y la segunda desmovilización de los muchachos se convirtió en un nuevo cambio de brazaletes.

Castaño no los metió en la nómina de los ACCU sino que los manejó como contratistas. Era una especie de comando especial que hacía encargos en diferentes zonas. Al parecer hasta en Medellín hicieron sus vueltas por orden de Castaño. Poco a poco se fueron ganando su confianza y la historia de la llegada a la finca Cedro Cocido terminó más como empalme que como dejación de armas. Carlos Castaño los mandó a San Pedro de Urabá como un ejército recién derrotado, dándoles funciones y advertencias. Allí comenzaron a ser lo que después conoceríamos como el Clan del Golfo.

A esas alturas ya tenían experiencias de guerra en bandos contrarios, conocían los azares de las negociaciones, habían mostrado obediencia bajo cualquier sigla. Las ACCU eran historia y estaba en marcha un nuevo proyecto nacional que mostraba pretensiones políticas. Los “muchachos” servían como apoyo para operaciones de las AUC en el Bajo Cauca Antioqueño y en otras zonas del departamento. Y probando finura llegaron al Bloque Centauros en los Llanos. Allá los envió Vicente Castaño para que apoyaran los esfuerzos de Daniel Rendón Herrera, Don Mario, y Henry López Londoño, Mi Sangre. Otoniel y otros de los muchachos participaron en julio de 1997 en la masacre de Mapiripán, en el Guavire, donde más de sesenta campesinos fueron asesinados. Esa matanza marcó el crecimiento de las AUC en el país en alianza con grupos locales en los Llanos. Por primera vez se hablaba naturalmente de Los Urabeños. Después de cerca de siete años de ser paras duros llegaba el momento de una nueva desmovilización. Era el año

2004 y todo estaba listo para la tercera foto entregando los fierros con desgano.

Vicente Castaño sintió que el gobierno los había traicionado luego de un peplero por cuatro puntos de concentración que le parecieron cárceles disfrazadas. De modo que los “muchachos” volvieron al trájín por orden de Vicente y al mando de Don Mario. El asesinato de su líder les dictó el nombre y se hicieron llamar Héroes de Castaño en honor al Profe. Era el año 2007 y la OEA, encargada de la vigilancia al proceso con las AUC, hablaba de una estructura que operaba de civil, con armas cortas y estaba formada sobre todo por desmovilizados de los Bloques Bananeros y Elmer Cárdenas: “Se estima que puede tener hasta 50 hombres”, decía la OEA en ese momento. Don Mario se había convertido en su patrón, una palabra de mando para el jefe de un cartel. La idea de comandante ya era un cuento viejo. Los embarcaderos que habían sido de los Castaño ahora eran del patrón. Pero Don Mario no era hombre de monte ni escondrijos y en abril de 2009 fue capturado por el ejército en cercanías del cerro Yoki en Necoclí.

En 2010 el ejército describía una organización de al menos doscientos hombres con presencia en el Magdalena Medio, Cesar, Santander y en contacto con combos en algunas capitales. En 2012 habían multiplicado por diez sus hombres aunque el feliz año llegó con la muerte de Juan de Dios Úsuga, Giovanni, en Acandí, en una fiesta interrumpida por el ejército. Su hermano Otoniel se había convertido en capo luego de años de seguir la fila. Un año después, en abril de 2013, Sarley fue abatido por la policía en San Pedro de Urabá. Se perdía

una ficha pero se abrían oportunidades. Las Autodefensas Gaitanistas de Colombia estaban en plena expansión y la prole de los Úsuga era el circuito de confianza de Otoniel: esposa, hermanos, primos, cuñados estaban detrás de ese extraño y sigiloso cartel. Un híbrido que Mario Agudelo describe con buen condimento: “Y estos muchachos por descarte se ponen al frente de estructura y ahí es donde ellos se proponen a darle su sello personal a esa estructura, ante todo al manejo de esos corredores estratégicos, porque es que a ellos se les apareció la virgen, para ellos en última instancia eso fue una herencia que se les apareció. Ellos tienen es un comportamiento híbrido, tienen un poquito de guerrilleros, tienen un mucho de paracos, tienen algo de traquetos, algo de Pablo Escobar, ellos en su comportamiento como sintetizan, como si usted hiciera un sancocho donde metiera una cucharada de paramilitarismo, otra cucharada de guerrilla y otra de narcotráfico...”. En agosto de 2017 el turno fue para Gavilán, abatido por el ejército en Turbo en medio de la operación Agamenón. Otro que había pasado de maoísta a gaitanista.

Cerca del cerro Yoki, donde Don Mario también dejó de dar pelea, cayó Otoniel y su risa enigmática. No eran ni patrón ni camarada ni comandante, solo el líder de un grupo de hombres de serranía y de lanchas rápidas, fingidores de ideologías y hábiles lavadores, dueños de la nómina de mucho pueblo que los protegió y azote de crueldad contra su gente. La olla de esa guerra seguirá reverberando sin su jefatura, con nuevos caldos, los mismos ingredientes y nuevas presas. ☺

¿Qué son y por qué todavía cobran los diferidos covid?

Se acerca el cierre de 2021 y muchos usuarios de servicios públicos de EPM aún se preguntan la razón por la que, en su factura, mes a mes, aún hay un cobro pequeño que se nombra como diferidos covid. Haga el ejercicio de mirar en retrospectiva y pensar por un momento en los meses de marzo y abril de 2020. En ese entonces en los titulares de los noticieros se veían palabras nuevas para muchos como pandemia, coronavirus y cuarentena.

Los municipios cerraron fronteras y las imágenes de parques y calles desoladas se volvieron constantes. La vida entró por varias semanas en una especie de pausa que provocó una crisis social y económica que aún deja secuelas. Muchos ciudadanos perdieron su empleo y con ello la capacidad de responder con obligaciones como el pago de los servicios públicos.

En medio de ese momento tan complejo, el Gobierno Nacional firmó el decreto 517 de 2020, que cambiaba algunas disposiciones en materia de servicios públicos en el marco de una declaratoria de Estado de Emergencia Económica, Social y Ecológica.

Los diferidos covid es la posibilidad que dio el Gobierno a los usuarios que no pudieran pagar alguna factura entre marzo y julio de 2020 para que el saldo se difiriera entre 24 y 36 meses según el estrato socio económico para comenzar a pagar en agosto de ese mismo año.

La aplicación de este beneficio fue automática y sin misterios, pero la explicación de los detalles requiere mucha atención y una pizca de paciencia. Elkin Merino Espinosa, profesional de la Unidad de Educación al Cliente de EPM, cuenta que “en el país ninguna empresa de servicios públicos puede entregar subsidios ni condonar deudas. Los subsidios los entrega la Nación o los municipios”. Esos beneficios cambiaban según el estrato socioeconómico del hogar o de si era un cliente comercial.

Así, la deuda de los estratos 1 y 2 fue diferida a 35 meses con cero porciento de interés. La de los estratos 3 y 4 a 24 meses con un interés equivalente al IPC. Y en el caso de los estratos 5 y 6 y las instalaciones comerciales la deuda fue diferida a 24 meses con un interés del 0,71% mes vencido.

Es decir que, si usted por alguna razón no pudo pagar alguna factura de servicios públicos entre marzo y julio de 2020, ajusta ya cerca de 14 meses pagando esa deuda por cuotas.

El profesional de EPM explicó además que si un usuario se encuentra en la capacidad de saldar de una vez por todas esa deuda para que así no se le cobre cada mes el diferido, puede hacerlo de dos maneras: una es a través de la página web de EPM dando clic en el enlace Transacciones y la otra es acercándose a una oficina de atención al cliente. En ambas deberá tener a la mano el número de contrato.

Este beneficio al que accedieron algunos usuarios de EPM se activó en 2020 de acuerdo con las lineamientos del Gobierno Nacional. Le explicamos cómo funciona y las opciones para saldar la deuda.



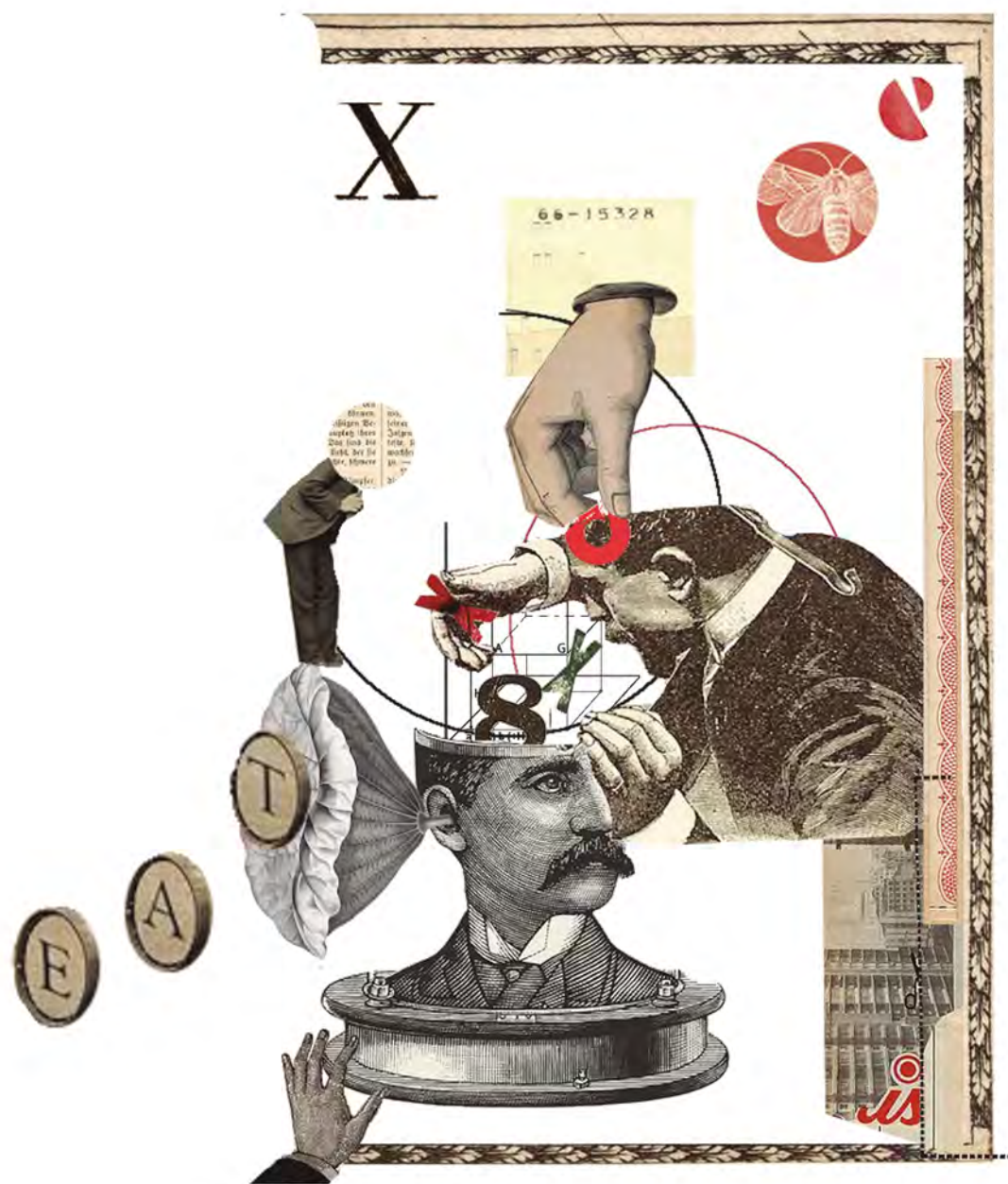
Tres mil mandamientos para aprender a mentir

por GUILLERMO CARDONA

• Ilustraciones de Verónica Velásquez

El poeta es un hombre al que a veces agobian la incomprensión, el barro, el alquiler, la luna

Raúl González Tuñón



La literatura es el arte de mentir. Mentimos incluso cuando escribimos en primera persona un diario, unas memorias o una autobiografía. El solo hecho de plasmar en el papel nuestros recuerdos, tamizados por el estado de ánimo o el ego, es ya un indicio de ficción, así sean recuerdos de esa misma mañana. La literatura puede concebirse entonces como un refinado y elusivo artefacto para hacer creíble lo imaginado, con visos a la inspiración y versos a la disciplina, al trabajo artesanal con el lenguaje. La más lúcida inteligencia, la más exquisita ironía no sirven para nada sin entrega, constancia, rigor, estudio, cosas que hacen la diferencia entre el simple oficio y el talento, una rutina que recomiendan los más grandes traficantes de ensueños y pesadillas.

Los mismos que para honrar esta flagrante violación del séptimo de los diez mandamientos mosaicos han elaborado sus propios decálogos, con miras a que los aprendices podamos afinar nuestra vocación de embusteros.

En una reciente conversación en la Fiesta del Libro, tuve oportunidad de repasar si acaso una docena de estos curiosos documentos, entre decálogos y antidecálogos, de autores como:

Piedad Bonnett,
“Cuida el silencio que hay en ti, para que la poesía del mundo te hable”.

Augusto Monterroso, del que anotaremos por lo pronto dos:

“Cuando tengas algo que decir, dilo; cuando no, también. Escribe siempre”.

“Lo que puedas decir con cien palabras dilo con cien palabras; lo que con una, con una. No emplees nunca el término medio; así, jamás escribas nada con cincuenta palabras”.

Juan Carlos Onetti,
“Mientan siempre”.

Horacio Quiroga,

“Ten fe ciega no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama a tu arte como a tu novia, dándole todo tu corazón”.

Jorge Luis Borges, quien recomienda en literatura evitar:

“Todo aquello que pueda ser ilustrado. Todo lo que pueda sugerir la idea de ser convertido en una película”.

Stephen Vizinczey, con coda:
“No adorarás Londrés-Nueva York-París.

El provinciano suele ser una persona inteligente y dotada que acaba por adoptar la idea de algún periodista o académico de mucha labia sobre lo que constituye la excelencia literaria, y traiciona su talento imitando a retrasados mentales que sólo tienen talento para medrar”.

Andrés Neuman,
“Nada más trivial, narrativamente hablando, que un diálogo demasiado trascendente”.

No hubo tiempo de explorar *El método fácil y rápido para ser poeta*, de Jaime Jaramillo Escobar, más que un decálogo todo un tratado de ese poeta sabio y sencillo al que ahora, fallecido, podemos llamar maestro sin que nos regañe. Un *Método* en el que trata de convencer por todos los medios a los aprendices para que no se metan en esos berenjenales de la poesía, una deidad caprichosa e inclemente que exige –sin ofrecer nada a cambio–, santidad, candor y pobreza. De todas maneras, el propio maestro Jaime nos recuerda las palabras de Pedro Salinas: “De la lista no se parte; a la lista se llega”.

También se nos quedó en el tinte, durante nuestra conversación con la profesora Clemencia Ardila, el Collage sobre los decálogos para escritores, de Darío Jaramillo Agudelo, publicado en *El Malpensante*, donde, con gran despliegue de erudición y buen humor, nos hace un muy interesante recorrido por

89 decálogos que detectó en algo más de una semana de exploraciones en bibliotecas reales y virtuales, con diferente número de mandamientos y matices, pero decálogos al fin y al cabo, donde brillan los aportes de:

Chéjov,
“Un escritor, más que escribir, debe bordar sobre el papel; que el trabajo sea minucioso, elaborado”.

Javier Cercas,
“Huye como de la peste de las frases bonitas”.

Roberto Bolaño,
“La verdad es que con Edgar Allan Poe todos tendríamos de sobra”.

Hemingway,
“Lee sin tregua”.

García Márquez,
“Cuando uno se aburre escribiendo el lector se aburre leyendo”.

Alison Kennedy,
“Defiéndete a ti mismo. Averigua qué te mantiene feliz, motivado y creativo”.

Italo Calvino, sobre la mejor hora para escribir:

“Soy un escritor diurno, pero como desperdicio la mañana, me he convertido en un escritor vespertino. Podría escribir de noche, pero cuando lo hago no duermo. Así que trato de evitarlo”.

George Orwell,
“Si es posible recortar una frase, eliminar una palabra, siempre hay que hacerlo”.

Juan Goytisolo,
“Dar algo consabido y previsible es tratar al lector con desprecio”.

Vargas Llosa,
“La sinceridad o insinceridad no es, en literatura, un asunto ético sino estético”.

Sarah Waters,
“Si eres realmente un gran escritor, no te hace falta aplicar ninguna de estas reglas”.

En fin, un completo y muy complejo vademécum para oficiantes del arte

literario, cuyos discípulos deberán andar con tino para no tropezar con tal cantidad de prohibiciones y preceptos, muchos de ellos paradójicos cuando no contradictorios.

Para los contradictorios, mientras Vizinczey en su primer mandamiento dicta: “No beberás, ni fumarás, ni te drogarás”, porque para ser escritor se necesita el cerebro completo, Monterroso nos conmina: “Si no sabes adónde vas, detente, mira el techo, cuenta hasta diez, bebe un whisky”. Javier Cercas, por su parte, recomienda: “Cultiva tus obsesiones, tus vicios, tu locura y, con moderación, tu cordura; cultiva tus perplejidades, tus pasiones (las altas y las bajas, sobre todo las bajas), tu gusto intransferible (el bueno y el malo, sobre todo el malo), y no olvides reírte con alegre fiereza de ti mismo”. No sabemos al respecto qué dirían Hemingway o Malcolm Lowry, Porfirio Barba Jacob o Thomas de Quincey, pero resulta fácil imaginarlo.

Y en cuanto a los paradójicos, tenemos el *Antidecálogo del escritor*, de Jorge Luis Borges, donde afirma que en literatura es preciso evitar:

“Las parejas de personajes groseramente disímiles o contradictorios, como por ejemplo Don Quijote y Sancho Panza, Sherlock Holmes y Watson”.

“La costumbre de caracterizar a sus personajes por sus manías, como hace, por ejemplo, Dickens”.

“En el desarrollo de la trama, el recurso a juegos extravagantes con el tiempo o con el espacio, como hacen Faulkner, Borges y Bioy Casares”.

Y el *sumum* de lo que se debe evitar en un texto literario:

“Las metáforas en general, y en particular las metáforas visuales. Más concretamente aún, las metáforas agrícolas, navales o bancarias. Ejemplo absolutamente desaconsejable: Proust”.

Otro tanto pasa, por contradictorio y paradójico, con el mismo Vizinczey quien, en su mandamiento cuatro, dictamina:

“No serás vanidoso

Si crees ser sabio, racional, bueno, una bendición para el sexo opuesto, una víctima de las circunstancias, es porque no te conoces a ti mismo lo suficiente como para escribir”.

Para, en su mandamiento cinco, ordenar:

“No serás modesto

La modestia es una excusa para la chapucería, la pereza, la complacencia; las ambiciones pequeñas suscitan esfuerzos pequeños. Nunca he conocido a un buen escritor que no intentara ser grande”.

Escribiendo historias

Para esta colección de advertencias y consejos tocó pasar a las volandas por “Los mandamientos de un escritor: decálogos, testamentos y antidecálogos”, un capítulo del libro *Escribiendo historias*, de Juan José Hoyos, quien nos presenta su propio catálogo de catálogos, como “un resumen de la experiencia de los artistas más experimentados”. Describe estas prescripciones como búsquedas personales refinadas en la mente de grandes maestros y a renglón seguido nos advierte que “todo autor está obligado a descubrir sus verdades y a crear su arte poética”. Y cita a José Manuel Arango como testimonio:

No hay camino, dijo el maestro

Y si acaso hubiera un camino nadie podría hallarlo

Y si alguien por ventura lo hallara no podría enseñarlo a otro

Juan José Hoyos incluye entre sus preferencias *El Testamento*, del escultor francés Auguste Rodin, que bien puede aplicarse también para los escritores (talladores de espectros), como cuando recomienda: “¡Paciencia! No contéis con la inspiración. Ella no existe. Las únicas cualidades del artista son prudencia, atención, sinceridad, voluntad. Cumplid vuestra tarea como honrados obreros”.

Como si fueran pocos

Y justo antes de comenzar la charla, el médico y escritor Emilio Restrepo nos sorprendió con su recorrido, caminando despacio, donde recogió algo así como 350 referencias con, mal contadas, unas tres mil prescripciones, proscripciones y consejos para neófitos. Anotaremos apenas unas cuantas:

Bertrand Russell,

“No estés absolutamente seguro de nada”.

Roald Dahl,

“Es una gran ayuda tener mucho sentido del humor. Esto no es esencial cuando se escribe para adultos, pero es de vital importancia cuando se escribe para niños”.

Stephen King,

“Creo que el camino al infierno está pavimentado con adverbios”.

William Faulkner,

“El único entorno que realmente necesita un artista es cualquiera que le proporcione paz, soledad y todo placer que para obtenerse no requiera de un alto costo”.

Anaís Nin,

“Es en los momentos de crisis emocional cuando la verdadera humanidad se revela con mayor precisión”.

Joyce Carol Oates,

“No trates de saber lo que espera el lector ideal. Él existe, pero está leyendo a alguien más”.

Sobre la lectura

Ahora, no es ningún misterio que el mejor camino para aprender a escribir sea justamente leer de todo. A los clásicos, a los consagrados, a los contemporáneos, a los aprendices destacados o a tantos autores olvidados. Leer historia, filosofía, recetas de cocina, en un

ejercicio permanente de curiosidad y devoción por esa apasionante búsqueda de no se sabe muy bien qué.

Al respecto, nuestros decálogos nos invitan:

Piedad Bonnett,

“Lee ensayo, novelas, textos científicos, periódicos, mucha poesía. Y lee, como aconseja Steiner, con un lápiz en la mano”.

Juan Carlos Onetti,

“No se limiten a leer los libros ya consagrados. Proust y Joyce fueron despreciados cuando asomaron la nariz, hoy son genios”.

Horacio Quiroga,

“Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov— como en Dios mismo”.

Monterroso,

“Lee El Quijote. Luego, relee El Quijote. Luego, escribe un cuento en el que nadie conoce El Quijote”.

Colm Tóibín,

“Si tienes que leer, animate leyendo biografías de escritores que se volvieron locos”.

Roberto Bolaño,

“Hay que leer a Quiroga, hay que leer a Felisberto Hernández y hay que leer a Borges. Hay que leer a Rulfo, a Monterroso, a García Márquez. Un cuentista que tenga un poco de aprecio por su obra no leerá jamás a Camilo José Cela ni a Francisco Umbral. Sí que leerá a Cortázar y a Bioy Casares, pero en modo alguno a Cela y a Umbral”.

Aunque digo yo, sin aventurar mandamiento alguno, que debe dejarse siempre una puerta abierta y darles la oportunidad a escritores noveles, de todas las edades, condiciones, saberes y procedencias. Y leer decálogos. Que son muchos y aquí no caben.

Ahora, a qué o a quién hacerle caso, cada aprendiz deberá decidirlo, mas no debe olvidarse el célebre *dictum* de Augusto Monterroso que reza:

“En literatura no hay nada escrito”.

Y en cuanto al lector

No puedo terminar este artículo sin incluir el decálogo de Daniel Pennac, el único dedicado al lector, ese desvelo tan abstracto y real, representado en quien quiera meta sus narices en nuestras páginas. Según este excéntrico decálogo, los lectores tenemos derecho “a no leer, a saltarnos páginas, a no terminar un libro, a leer en cualquier sitio, a hojear o a leer en voz alta”; incluso tenemos “derecho al bovarismo”, según Pennac, “una enfermedad de transmisión textual, término alusivo a Madame Bovary, la protagonista de la novela homónima de Flaubert, lectora compulsiva y apasionada de novelas románticas”. ☺



SEMINARIO LEONARDO SCIASCIA Y EL CINE

2021
PRESENCIAL: 6 Y 27 DE NOVIEMBRE
(CENTRO COLOMBIANO AMERICANO DE MEDELLÍN)
ON LINE: 13 Y 20 DE NOVIEMBRE
(ZOOM)

SÁBADOS 10:00 A.M.- 1:00 P.M.
EVENTO GRATUITO - PREVIA INSCRIPCIÓN



INSCRIPCIONES | info@cinefilia.org.co | WWW.CINEFILIA.ORG.CO | +57 3004707251 - 604 5743898 Medellín - Colombia

COMPRA EL LIBRO



ESCANEA Y COMPRA

EL CHINO. LA VIDA DEL FOTÓGRAFO PERSONAL DE PABLO ESCOBAR

ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO & ÉDGAR JIMÉNEZ MENDOZA

www.universocentro.com.co/elchino/



M A D R E

poema de JOHN GALÁN CASANOVA

I

Nos inclinamos
para secarte
y calzarte.

Te ayudamos
a maquillarte
y vestirte.

Cantamos, pintamos, leemos.

Jugamos, deambulamos, oramos.

Alisamos el ser
como un guijarro.

A esta curva
que nos regresa a la tierra
le decimos amor,
le decimos dolor,
le decimos la épica de los microactos,
lo atroz atroz,
lo atroz delicado,
lo atroz llevadero.

II

Ad portas
de la eternidad,
vital y vegetal,
la rica viejecita
tiene 43 plantas
floreciendo en el balcón.

III

Rocío su cabeza
con un atomizador.

En Girardot
la temperatura promedio
rebasa los 30 °C.

Luis Tejada vino aquí
a fines de 1924
buscando curar sus males
y a los quince días expiró.

Regamos a mamá
con agua helada
para que junto a sus 43 plantas
disfrute estas bodas
del cielo y el infierno.

IV

Aves del paraíso,
las heliconias
que trasplantamos
proliferan.

Los colibrís
las visitan.

Aves lactando aves,
feria de néctar y polen,
bienaventuranza,
summa cum laude
en jardinería.

V

Remontando
la ladera,
la silla de ruedas
mi madre y yo
somos una muda
una lenta
una sola sombra larga.

VI

Y el cielo azul,
el firmamento empozado
en sus gafas negras.

VII

A falta de sosiego,
a falta de luz
en las palabras
bueno es el tacto.

Ciegas aprendices,
las manos recorren
lunares y manchas,
tensiones y rasguños,
tendones y cartílagos.

Con imperfectas manos
moldeamos tu torso.

Con aceite de almendras
preservamos tu lozanía.

VIII

10 p. m.

Las prótesis en el vaso.

50 mg de trazadona,
cuatro gotas de pasiflora
y dos de rivotril.

Buenas noches, madre.

Somos tus hijos.

Los dedos
de la mano nudosa y trémula
que te sostiene.

IX

¿Despiadado yo?

¿Y la enfermedad y la vejez?

¿La vida, la muerte?

La corona de Cristo
despunta en el balcón
y en su lecho
mamá es un cuerpo en pena.

Despiadada la existencia,
despiadada la poesía.

X

¿Cuánto tiempo más así?

Horas que parecen días,
días que parecen noches.

Parí y crie.
Até y desaté.
Amé y desamé.

Soy fanática de tu obra, Señor.

Alabo
el trinar de las aves,
su vuelo, tus cielos.

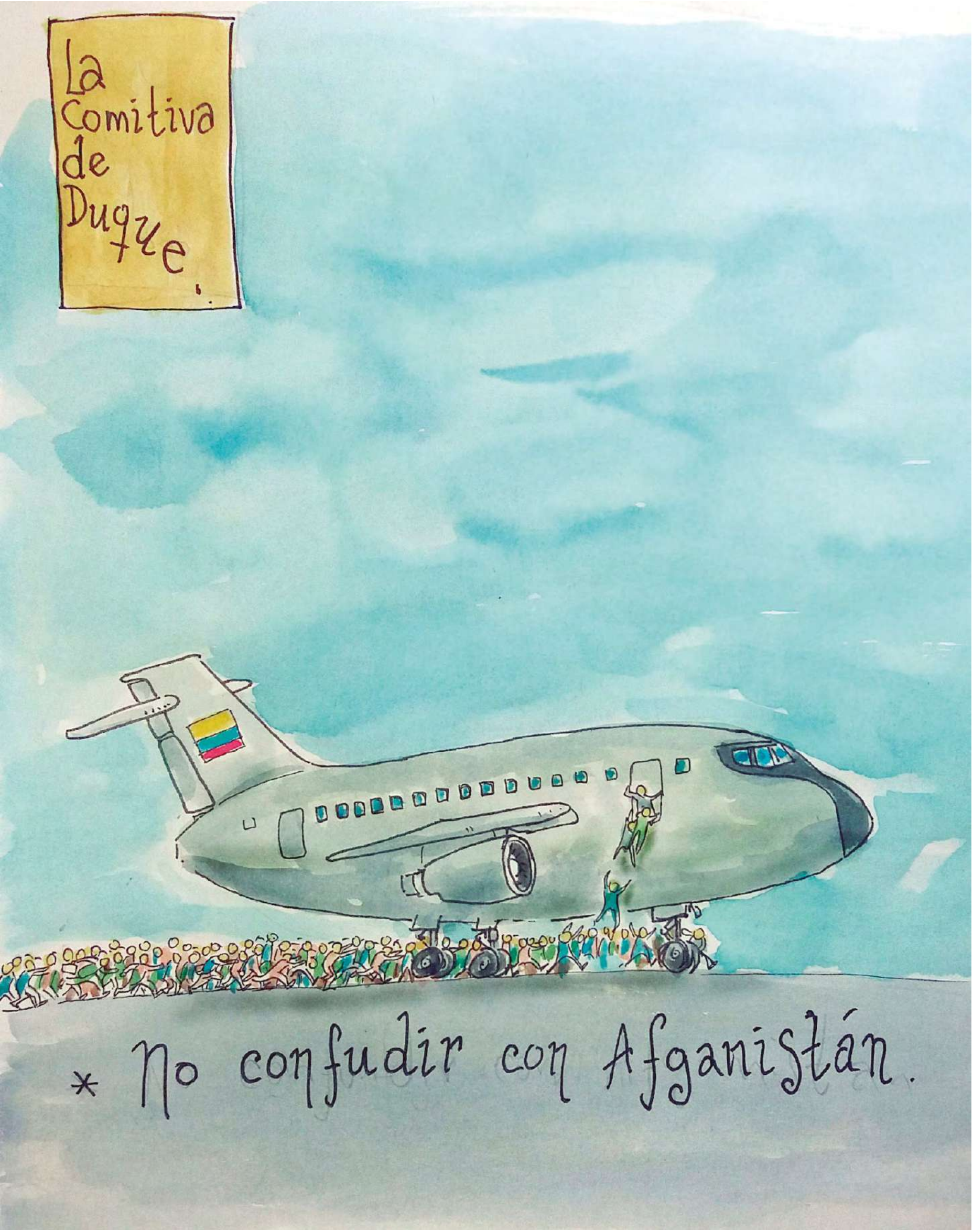
Entrelazo las manos
y giro los pulgares
a la par del universo.

Agradecida, agotada, maltrecha,
reclamo tu atención.

Ahora que soy inflexible jaula,
exímeme,
gradúame de agonías.

Con tu venia
batiré las alas
y haré mutis
más allá del sol.

*Poema del libro *El inmortal*,
editorial Abisinia, 2021.



c i n e m a

C O M F A M A

2 0 2 1

OtraParte
Parque Cultural
y Ambiental

TEATRO
comfama
ALFONSO RESTREPO MORENO

Cine colombiano, iberoamericano y del resto del mundo.
Documentales, películas infantiles y festivales.

DISFRUTAR DE LA CULTURA LA REALIDAD Y LAS CONVERSACIONES A TRAVÉS DEL SÉPTIMO ARTE

Teatro Comfama Alfonso Restrepo Moreno
Cl. 48 #43-87 Edificio San Ignacio, piso 4.

Parque Cultural y Ambiental Otraparte
Avenida Fernando, Cra 43A #27A Sur 11.
Envigado, Antioquia.

Boletas y programación en

LUNES A JUEVES
TARIFAS AFILIADOS

A:\$1.700

B:\$3.300

C:\$6.500

NO AFILIADOS

D:\$7.500

VIERNES A DOMINGO
TARIFAS AFILIADOS

A:\$2.200

B:\$3.900

C:\$6.900

NO AFILIADOS

D:\$7.900

La Tiquetera

www.latiquetera.com



www.comfama.com

comfama